

# Literatura hispanoamericana

## LA VIDA ES SUEÑO

Pedro Calderón  
de la Barca

(1600-1681)

**BIBLIOTECA DIGITAL**  
del ILCE

# LA VIDA ES SUEÑO

JORNADA PRIMERA.....	2
JORNADA SEGUNDA .....	37
JORNADA TERCERA .....	84

Personas que hablan en ella:

**ROSAURA**, dama.  
**SEGISMUNDO**, príncipe.  
**CLOTALDO**, viejo.  
**ESTRELLA**, infanta.  
**CLARÍN**, gracioso.  
**BASILIO**, rey de Polonia  
**ASTOLFO**, príncipe.  
**GUARDAS**  
**SOLDADOS**  
**CRIADOS**  
**MÚSICOS**



## JORNADA PRIMERA

(Sale en lo alto de un monte ROSAURA en hábito de hombre, de camino, y en representando los primeros versos va bajando.)

ROSAURA: Hipogrifo violento,  
que corriste parejas con el viento,  
¿dónde rayo sin llama,  
pájaro sin matiz, pez sin escama  
y bruto sin instinto  
natural, al confuso laberinto  
de esas desnudas peñas te desbocas,  
te arrastras y despeñas?  
Quédate en este monte,  
donde tengan los brutos su Faetonte;  
que yo, sin más camino  
que el que me dan las leyes del destino,  
ciega y desesperada,  
bajaré la cabeza enmarañada  
de este monte eminente  
que arruga el sol el ceño de la frente.  
Mal, Polonia, recibes  
a un extranjero, pues con sangre escribes  
su entrada en tus arenas; y apenas llega, cuando  
llega a penas.  
Bien mi suerte lo dice;  
mas ¿dónde halló piedad un infelice?



(Sale CLARÍN, gracioso.)

CLARÍN: Di dos, y no me dejes  
en la posada a mí cuando te quejes;  
que si dos hemos sido  
los que de nuestra patria hemos salido  
a probar aventuras,  
dos los que entre desdichas y locuras  
aquí habemos llegado,  
y dos los que del monte hemos rodado,  
¿no es razón que yo sienta  
meterme en el pesar y no en la cuenta?

ROSAURA: No quise darte parte  
en mis quejas, Clarín, por no quitarte,  
llorando tu desvelo,  
el derecho que tienes al consuelo;  
que tanto gusto había  
en quejarse, un filósofo decía,  
que, a truco de quejarse,  
habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN: El filósofo era  
un borracho barbón. ¡Oh, quién le diera  
más de mil bofetadas!  
Quejarse después de muy bien dadas.  
Mas ¿qué haremos, señora,  
a pie, solos, perdidos y a esta hora  
en un desierto monte,  
cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA: ¡Quién ha visto sucesos tan extraños!



Mas si la vista no padece engaños  
que hace la fantasía, a la medrosa luz que aún  
tiene el día  
me parece que veo  
un edificio.

CLARÍN: O miente mi deseo,  
o termino las señas.

ROSAURA: Rústico nace entre desnudas peñas  
un palacio tan breve  
que el sol apenas a mirar se atreve;  
con tan rudo artificio  
la arquitectura está de su edificio  
que parece, a las plantas  
de tantas rocas y de peñas tantas  
que al sol tocan la lumbre,  
peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN: Vámonos acercando;  
que éste es mucho mirar, señora, cuando  
es mejor que la gente  
que habita en ella generosamente  
nos admita.

ROSAURA: La puerta  
(mejor diré funesta boca) abierta  
está, y desde su centro  
nace la noche, pues la engendra dentro.  
(Suena ruido de cadenas.)

CLARÍN: ¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA: Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.



CLARÍN: Cadenita hay que suena.  
Mátenme, si no es galeote en pena;  
bien mi temor lo dice.  
(Dentro SEGISMUNDO.)

SEGISMUNDO: ¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice!

ROSAURA: ¡Qué triste voz escucho!  
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARÍN: Yo con nuevos temores.

ROSAURA: Clarín...

CLARÍN: Señora...

ROSAURA: Huigamos los rigores  
de esta encantada torre.

CLARÍN: Yo aún no tengo  
ánimo de huir, cuando a eso vengo.

ROSAURA: ¿No es breve luz aquella  
caduca exhalación, pálida estrella,  
que en trémulos desmayos,  
pulsando ardores y latiendo rayos,  
hace más tenebrosa  
la obscura habitación con luz dudosa?  
Sí, pues a sus reflejos  
puedo determinar (aunque de lejos)  
una prisión obscura  
que es de un vivo cadáver sepultura;



y porque más me asombre,  
en el traje de fiera yace un hombre  
de prisiones cargado,  
y sólo de la luz acompañado.  
Pues huir no podemos,  
desde aquí sus desdichas escuchemos;  
sepamos lo que dice.

(Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y a  
la luz, vestido de pieles.)

SEGISMUNDO: ¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice!

Apurar, cielos, pretendo  
ya que me tratáis así,  
qué delito cometí  
contra vosotros naciendo;  
aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido.  
Bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor;  
pues el delito mayor  
del hombre es haber nacido.  
Sólo quisiera saber,  
para apurar mis desvelos  
(dejando a una parte, cielos,  
el delito de nacer),  
qué más os pude ofender,  
para castigarme más.  
¿No nacieron los demás?  
Pues si los demás nacieron,  
¿qué privilegios tuvieron  
que yo no gocé jamás?  
Nace el ave, y con las galas  
que le dan belleza suma,  
apenas es flor de pluma,



o ramillete con alas  
cuando las etéreas salas  
corta con velocidad,  
negándose a la piedad  
del nido que deja en calma:  
¿y teniendo yo más alma,  
tengo menos libertad?  
Nace el bruto, y con la piel  
que dibujan manchas bellas,  
apenas signo es de estrellas,  
gracias al docto pincel,  
cuando, atrevido y cruel,  
la humana necesidad  
le enseña a tener crueldad,  
monstruo de su laberinto:  
¿y yo con mejor distinto  
tengo menos libertad?  
Nace el pez, que no respira,  
aborto de ovas y lamas, y apenas bajel de  
escamas  
sobre las ondas se mira,  
cuando a todas partes gira,  
midiendo la inmensidad  
de tanta capacidad  
como le da el centro frío:  
¿y yo con más albedrío  
tengo menos libertad?  
Nace el arroyo, culebra  
que entre flores se desata,  
y apenas, sierpe de plata,  
entre las flores se quiebra,  
cuando músico celebra  
de las flores la piedad



que le dan la majestad,  
el campo abierto a su ida:  
¿y teniendo yo más vida  
tengo menos libertad?  
En llegando a esta pasión  
un volcán, un Etna hecho,  
quisiera sacar del pecho  
pedazos del corazón.  
¿Qué ley, justicia o razón  
negar a los hombres sabe  
privilegio tan suave,  
excepción tan principal,  
que Dios le ha dado a un cristal,  
a un pez, a un bruto y a un ave?

ROSAURA: Temor y piedad en mí  
sus razones han causado.

SEGISMUNDO: ¿Quién mis voces ha escuchado?  
¿Es Clotaldo?

CLARÍN: Di que sí.

ROSAURA: No es sino un triste, ¡ay de mí! que en  
estas bóvedas frías  
oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO: Pues la muerte te daré,  
porque no sepas que sé,  
que sabes flaquezas mías.  
Sólo porque me has oído,  
entre mis membrudos brazos  
te tengo de hacer pedazos.



CLARÍN: Yo soy sordo, y no he podido escucharte.

ROSAURA: Si has nacido humano, baste el postrarme a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO: Tu voz pudo enternecerme,  
tu presencia suspenderme,  
y tu respeto turbarme.  
¿Quién eres? Que aunque yo aquí  
tan poco del mundo sé,  
que cuna y sepulcro fue  
esta torre para mí;  
y aunque desde que nací  
(si esto es nacer) sólo advierto  
este rústico desierto,  
donde miserable vivo,  
siendo un esqueleto vivo,  
siendo un animado muerto;  
y aunque nunca vi ni hablé  
sino a un hombre solamente  
que aquí mis desdichas siente,  
por quien las noticias sé  
de cielo y tierra; y aunque aquí,  
porque más te asombres  
y monstruo humano me nombres,  
entre asombros y quimeras,  
soy un hombre de las fieras,  
y una fiera de los hombres;  
y aunque en desdichas tan graves  
la política he estudiado,



de los brutos enseñado,  
advertido de las aves,  
y de los astros suaves  
los círculos he medido,  
tú sólo, tú, has suspendido  
la pasión a mis enojos,  
la suspensión a mis ojos,  
la admiración al oído.

Con cada vez que te veo  
nueva admiración me das,  
y cuando te miro más  
aun más mirarte deseo.  
Ojos hidrónicos creo  
que mis ojos deben ser;  
pues cuando es muerte el beber,  
beben más, y de esta suerte,  
viendo que el ver me da muerte,  
estoy muriendo por ver.

Pero véate yo y muera;  
que no sé, rendido ya,  
si el verte muerte me da,  
el no verte qué me diera.  
Fuera, más que muerte fiera,  
ira, rabia y dolor fuerte;  
fuera muerte; de esta suerte  
su rigor he ponderado,  
pues dar vida a un desdichado  
es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA: Con asombro de mirarte,  
con admiración de oírte,  
ni sé qué pueda decirte,  
ni qué pueda preguntarte.



Sólo diré que a esta parte  
hoy el cielo me ha guiado  
para haberme consolado,  
si consuelo puede ser,  
del que es desdichado, ver  
a otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio, que un día  
tan pobre y mísero estaba,  
que sólo se sustentaba  
de unas yerbas que comía.  
¿Habrà otro -entre sí decía-  
más pobre y triste que yo?  
Y cuando el rostro volvió  
halló la respuesta, viendo  
que iba otro sabio cogiendo  
las hojas que él arrojó.

Quejoso de la fortuna  
yo en este mundo vivía,  
y cuando entre mí decía:  
¿Habrà otra persona alguna  
de suerte más importuna?,  
piadoso me has respondido;  
pues volviendo en mi sentido,  
hallo que las penas mías,  
para hacerlas tú alegrías,  
las hubieras recogido.

Y por si acaso mis penas  
pueden aliviarte en parte,  
óyelas atento, y toma  
las que de ellas me sobraren.  
Yo soy...

(Dentro CLOTALDO.)



CLOTALDO: Guardas de esta torre,  
que, dormidas o cobardes,  
disteis paso a dos personas  
que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA: Nueva confusión padezco.

SEGISMUNDO: Éste es Clotaldo, mi alcaide.  
Aún no acaban mis desdichas.

CLOTALDO: ... acudid, y vigilantes,  
sin que puedan defenderse,  
o prendedles o matadles.

TODOS: ¡Traición!

CLARÍN: Guardas de esta torre,  
que entrar aquí nos dejasteis,  
pues que nos dais a escoger,  
el prendernos es más fácil.

(Sale CLOTALDO con escopeta, y SOLDADOS,  
todos con los rostros cubiertos.)

CLOTALDO: Todos os cubrid los rostros;  
que es diligencia importante  
mientras estamos aquí  
que no nos conozca nadie.

CLARÍN: ¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO: ¡Oh vosotros, que ignorantes  
de este vedado sitio



coto y término pasasteis  
contra el decreto del Rey,  
que manda que no ose nadie  
examinar el prodigio  
que entre estos peñascos yace!  
¡Rendid las armas y vidas,  
o a que esta pistola, áspid  
de metal, escupirá  
el veneno penetrante de dos balas, cuyo fuego  
será escándalo del aire!

SEGISMUNDO: Primero, tirano dueño,  
que los ofendas y agravies,  
será mi vida despojo  
de estos lazos miserables;  
pues en ellos, vive Dios,  
tengo de despedazarme  
con las manos, con los dientes,  
entre aquestas peñas, antes  
que su desdicha consienta  
y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO: Si sabes que tus desdichas,  
Segismundo, son tan grandes,  
que antes de nacer moriste  
por ley del cielo; si sabes  
que aquestas prisiones son  
de tus furias arrogantes  
un freno que las detenga  
y una rienda que las pare,  
¿por qué blasonas? La puerta  
cerrad esa estrecha cárcel;  
escondedle en ella.



(Ciérranle la puerta, y dice dentro.)

SEGISMUNDO: ¡Ah cielos,  
qué bien hacéis en quitarme  
la libertad! Porque fuera  
contra vosotros gigante,  
que, para quebrar al sol  
esos vidrios y cristales,  
sobre cimientos de piedra  
pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO: Quizá porque no los pongas,  
hoy padeces tantos males.

ROSAURA: Ya que vi que la soberbia te ofendió tanto, ignorante  
fuera en no pedirte humilde  
vida que a tus plantas yace.  
Muévate en mí la piedad;  
que será rigor notable  
que no hallen favor en ti  
ni soberbias ni humildades.

CLARÍN: Y si Humildad y Soberbia  
no te obligan, personajes  
que han movido y removido  
mil autos sacramentales,  
yo, ni humilde ni soberbio,  
sino entre las dos mitades  
entreverado, te pido  
que nos remedies y ampares.

CLOTALDO: ¡Hola!



SOLDADOS: Señor...

CLOTALDO: A los dos  
quítad las armas, y atadles  
los ojos, porque no vean  
cómo ni de dónde salen.

ROSAURA: Mi espada es ésta, que a ti  
solamente ha de entregarse,  
porque, al fin, de todos eres  
el principal, y no sabe  
rendirse a menos valor.

CLARÍN: La mía es tal, que puede darse  
al más ruin; tomadla vos.

ROSAURA: Y si he de morir, dejarte  
quiero, en la fe de esta piedad,  
prenda que pudo estimarse  
por el dueño que algún día  
se la ciñó. Que la guardes  
te encargo, porque aunque yo  
no sé qué secreto alcance, sé que esta dorada  
espada  
encierra misterios grandes;  
pues sólo fiado en ella  
vengo a Polonia a vengarme  
de un agravio.

CLOTALDO: (¡Santos cielos!  
¿Qué es esto? Ya son más graves  
mis penas y confusiones,



mis ansias y mis pesares.)  
¿Quién te la dio?

ROSAURA: Una mujer.

CLOTALDO: ¿Cómo se llama?

ROSAURA: Que calle  
su nombre es fuerza.

CLOTALDO: ¿De qué infieres agora, o sabes,  
que hay secreto en esta espada?

ROSAURA: Quien me la dio, dijo: «Parte  
a Polonia, y solicita  
con ingenio, estudio o arte,  
que te vean esa espada  
los nobles y principales;  
que yo sé que alguno de ellos  
te favorezca y ampare»;  
que por si acaso era muerto  
no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
Aun no sé determinarme  
si tales sucesos son  
ilusiones o verdades.  
Esta espada es la que yo  
dejé a la hermosa Violante,  
por señas que el que ceñidla trujera, había de  
hallarme  
amoroso como hijo,  
y piadoso como padre.



Pues ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
en confusión semejante,  
si quien la trae por favor  
para su muerte la trae,  
pues que sentenciado a muerte  
llega a mis pies? ¡Qué notable  
confusión! ¡Qué triste hado!  
¡Qué suerte tan inconstante!  
Éste es mi hijo, y las señas  
dicen bien con las señales  
del corazón, que por verle  
llama el pecho, y en él bate  
las alas, y no pudiendo  
romper los candados, hace  
lo que aquel que está encerrado,  
y oyendo ruido en la calle  
se asoma por la ventana:  
y él así, como no sabe  
lo que pasa, y oye el ruido,  
va a los ojos a asomarse,  
que son ventanas del pecho  
por donde en lágrimas sale.  
¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!  
¿Qué he de hacer? Porque llevarle  
al Rey es llevarle, ¡ay triste!,  
a morir, pues ocultarle  
al Rey no puedo, conforme  
a la ley del homenaje.  
De una parte el amor propio,  
y la lealtad de otra parte  
me rinden. Pero ¿qué dudo?  
¿La lealtad al Rey no es antes que la vida y que el  
honor?



Pues ella viva y él falte.  
Fuera de que, si ahora atiendo  
a que dijo que a vengarse  
viene de un agravio, hombre  
que está agraviado, es infame.  
No es mi hijo, no es mi hijo,  
ni tiene mi noble sangre.  
Pero si ya ha sucedido  
un peligro de quien nadie  
se libró, porque el honor  
es de materia tan fácil  
que con una acción se quiebra  
o se mancha con un aire,  
¿qué más puede hacer, qué más  
el que es noble de su parte,  
que a costa de tantos riesgos  
haber venido a buscarle?  
Mi hijo es, mi sangre tiene,  
pues tiene valor tan grande;  
y así, entre una y otra duda,  
el medio más importante  
es irme al Rey, y decirle  
que es mi hijo, y que le mate.  
Quizá la misma piedad  
de mi honor podrá obligarle;  
y si le merezco vivo,  
yo le ayudaré a vengarse  
de su agravio. Mas si el Rey,  
en sus rigores constante,  
le da muerte, morirá  
sin saber que soy su padre.)  
Venid conmigo, extranjeros.  
No temáis, no, de que os falte



compañía en las desdichas;  
pues en duda semejante  
de vivir o de morir,  
no sé cuáles son más grandes.

(Vanse.)

(Sale por una parte ASTOLFO con  
acompañamiento de soldados, y por otra  
ESTRELLA con damas. Suena música.)

ASTOLFO: Bien al ver los excelentes  
rayos, que fueron cometas,  
mezclan salvas diferentes  
las cajas y las trompetas,  
los pájaros y las fuentes;  
    siendo con música igual,  
y con maravilla suma,  
a tu vista celestial,  
unos, clarines de pluma,  
y otras, aves de metal;  
    y así os saludan, señora,  
como a su reina las balas,  
los pájaros como a Aurora,  
las trompetas como a Palas,  
y las flores como a Flora;  
    porque sois, burlando el día,  
que ya la noche destierra,  
Aurora en el alegría,  
Flora en paz, Palas en guerra,  
y reina en el alma mía.

CLOTALDO: Si la voz se ha de medir  
con las acciones humanas,  
mal habéis hecho en decir



finezas tan cortesanas,  
donde os pueda desmentir todo ese marcial  
trofeo  
con quien ya atrevida lucho;  
pues no dicen, según creo,  
las lisonjas que os escucho,  
con los rigores que veo.  
Y advertid que es baja acción,  
que sólo a una fiera toca,  
madre de engaño y traición,  
el halagar con la boca  
y matar con la intención.

ASTOLFO: Muy mal informada estáis,  
Estrella, pues que la fe  
de mis finezas dudáis,  
y os suplico que me oigáis  
la causa, a ver si la sé.  
Falleció Eustorgio tercero,  
Rey de Polonia, quedó  
Basilio por heredero,  
y dos hijas, de quien yo  
y vos nacimos. No quiero  
cansar con lo que no tiene  
lugar aquí. Clorilene,  
vuestra madre y mi señora,  
que en mejor imperio ágora  
dosel de luceros tiene,  
fue la mayor, de quien vos  
sois hija. Fue la segunda,  
madre y tía de los dos,  
la gallarda Recisunda,  
que guarde mil años Dios.



Casó en Moscovia, de quien  
nací yo. Volver ágora  
al otro principio es bien.  
Basilio, que ya, señora,  
se rinde al común desdén del tiempo, más  
inclinado  
a los estudios que dado  
a mujeres, enviudó  
sin hijos; y vos y yo  
aspiramos a este estado.

Vos alegáis que habéis sido  
hija de hermana mayor;  
yo, que varón he nacido,  
y aunque de hermana menor,  
os debo ser preferido.

Vuestra intención y la mía  
a nuestro tío contamos.  
Él respondió que quería  
componernos, y aplazamos  
este puesto y este día.

Con esta intención salí  
de Moscovia y de su tierra;  
con ésta llegué hasta aquí,  
en vez de haceros yo guerra,  
a que me la hagáis a mí.

¡Oh, quiera Amor, sabio dios,  
que el vulgo, astrólogo cierto,  
hoy lo sea con los dos,  
y que pare este concierto  
en que seáis reina vos,  
pero reina en mi albedrío,  
dándoos, para más honor,  
su corona nuestro tío,



sus triunfos vuestro valor,  
y su imperio el amor mío!

CLOTALDO: A tan cortés bizarría  
menos mi pecho no muestra,  
pues la imperial monarquía,  
para sólo hacerla vuestra,  
me holgara que fuese mía;  
aunque no está satisfecho  
mi amor de que sois ingrato  
si en cuanto decís, sospecho  
que os desmiente ese retrato  
que está pendiente del pecho.

ASTOLFO: Satisfaceros intento  
con él... Mas lugar no da  
tanto sonoro instrumento,  
que avisa que sale ya  
el Rey con su parlamento.

(Tocan, y sale el Rey BASILIO, viejo y  
acompañamiento.)

CLOTALDO: Sabio Tales...

ASTOLFO: Docto Euclides...

CLOTALDO: que entre signos...

ASTOLFO: que entre estrellas...

CLOTALDO: hoy gobiernas...

ASTOLFO: hoy resides...



CLOTALDO: y sus caminos...

ASTOLFO: sus huellas...

CLOTALDO: describes...

ASTOLFO: tasas y mides...

CLOTALDO: deja que en humildes lazos...

ASTOLFO: deja que en tiernos abrazos...

CLOTALDO: yedra dese tronco sea...

ASTOLFO: rendido a tus pies me vea.

BASILIO: Sobrinos, dadme los brazos,  
y creed, pues que leales  
a mi precepto amoroso,  
venís con afectos tales,  
que a nadie deje quejoso,  
y los dos quedéis iguales.

Y así, cuando me confieso  
rendido al prolijo peso, sólo os pido en la ocasión  
silencio, que admiración  
ha de pedirla el suceso.

Ya sabéis (estadme atentos  
amados sobrinos míos,  
corte ilustre de Polonia,  
vasallos, deudos y amigos),  
ya sabéis que yo en el mundo  
por mi ciencia he merecido  
el sobrenombre de docto;



pues, contra el tiempo y olvido,  
los pinceles de Timantes,  
los mármoles de Lisipo,  
en el ámbito del orbe  
me aclaman el gran Basilio.  
Ya sabéis que son las ciencias  
que más curso y más estimo,  
matemáticas sutiles,  
por quien al tiempo le quito,  
por quien a la fama rompo  
la jurisdicción y oficio  
de enseñar más cada día;  
pues cuando en mis tablas miro  
presentes las novedades  
de los venideros siglos,  
le gano al tiempo las gracias  
de contar lo que yo he dicho.  
Esos círculos de nieve,  
esos doseles de vidrio,  
que el sol ilumina a rayos,  
que parte la luna a giros,  
esos orbes de diamantes,  
esos globos cristalinos,  
que las estrellas adornan  
y que campean los signos, son el estudio mayor  
de mis años, son los libros  
donde en papel de diamante,  
en cuadernos de zafiros,  
escribe con líneas de oro,  
en caracteres distintos,  
el cielo nuestros sucesos,  
ya adversos o ya benignos.  
Estos leo tan veloz,



que con mi espíritu sigo  
sus rápidos movimientos  
por rumbos y por caminos.  
¡Pluguiera al cielo, primero  
que mi ingenio hubiera sido  
de sus márgenes comento  
y de sus hojas registro,  
hubiera sido mi vida  
el primero desperdicio  
de sus iras, y que en ellas  
mi tragedia hubiera sido,  
porque de los infelices  
aun el mérito es cuchillo,  
que a quien le daña el saber,  
homicida es de sí mismo!  
Dígalo yo, aunque mejor  
lo dirán sucesos míos,  
para cuya admiración  
otra vez silencio os pido.  
En Clorilene, mi esposa,  
tuve un infelice hijo,  
en cuyo parto los cielos  
se agotaron de prodigios,  
antes que a la luz hermosa  
le diese el sepulcro vivo de un vientre, porque el  
nacer  
y el morir son parecidos.  
Su madre infinitas veces,  
entre ideas y delirios  
del sueño, vio que rompía  
sus entrañas atrevido  
un monstruo en forma de hombre,  
y entre su sangre teñido



le daba muerte, naciendo  
víbora humana del siglo.  
Llegó de su parto el día,  
y los presagios cumplidos  
(porque tarde o nunca son  
mentirosos los impíos),  
nació en horóscopo tal,  
que el sol, en su sangre tinto,  
entraba sañudamente  
con la luna en desafío;  
y siendo valla la tierra,  
los dos faroles divinos  
a luz entera luchaban,  
ya que no a brazo partido.  
El mayor, el más horrendo  
eclipse que ha padecido  
el sol, después que con sangre  
lloró la muerte de Cristo,  
éste fue, porque, anegado  
el orbe entre incendios vivos,  
presumió que padecía  
el último parasismo.  
Los cielos se oscurecieron,  
temblaron los edificios,  
llovieron piedras las nubes,  
corrieron sangre los ríos.  
En este mísero, en este  
mortal planeta o signo,  
nació Segismundo dando  
de su condición indicios,  
pues dio la muerte a su madre,  
con cuya fiereza dijo:  
«Hombre soy, pues que ya empiezo



a pagar mal beneficios.»  
Yo, acudiendo a mis estudios,  
en ellos y en todo miro  
que Segismundo sería  
el hombre más atrevido,  
el príncipe más cruel  
y el monarca más impío,  
por quien su reino vendría  
a ser parcial y diviso,  
escuela de las traiciones  
y academia de los vicios;  
y él, de su furor llevado,  
entre asombros y delitos,  
había de poner en mí  
las plantas, y yo rendido  
a sus pies me había de ver  
(¡con qué congoja lo digo!),  
siendo alfombra de sus plantas  
las canas del rostro mío.  
¿Quién no da crédito al daño,  
y más al daño que ha visto  
en su estudio, donde hace  
el amor propio su oficio?  
Pues dando crédito yo  
a los hados, que adivinos  
me pronosticaban daños  
en fatales vaticinios,  
determiné de encerrar  
la fiera que había nacido,  
por ver si el sabio tenía  
en las estrellas dominio.  
Publicóse que el Infante  
nació muerto; y, prevenido,



hice labrar una torre  
entre las peñas y riscos  
de esos montes, donde apenas  
la luz ha hallado camino,  
por defenderle la entrada  
sus rústicos obeliscos.  
Las graves penas y leyes,  
que con públicos editos  
declararon que ninguno  
entrase a un vedado sitio  
del monte, se ocasionaron  
de las causas que os he dicho.  
Allí Segismundo vive  
miserero, pobre y cautivo,  
adonde sólo Clotaldo  
le ha hablado, tratado y visto.  
Éste le ha enseñado ciencias;  
éste en la ley le ha instruido  
católica, siendo solo  
de sus miserias testigo.  
Aquí hay tres cosas: la una  
que yo, Polonia, os estimo  
tanto que os quiero librar  
de la opresión y servicio  
de un rey tirano, porque  
no fuera señor benigno  
el que a su patria y su imperio  
pusiera en tanto peligro.  
La otra es considerar  
que si a mi sangre le quito  
el derecho que le dieron  
humano fuero y divino,  
no es cristiana caridad;



pues ninguna ley ha dicho  
que por reservar yo a otro  
de tirano y de atrevido,  
pueda yo serlo, supuesto  
que si es tirano mi hijo,  
porque él delitos no haga,  
vengo yo a hacer los delitos.  
Es la última y tercera  
el ver cuánto yerro ha sido  
dar crédito fácilmente  
a los sucesos previstos;  
pues aunque su inclinación  
le dicte sus precipicios,  
quizá no le vencerán,  
porque el hado más esquivo,  
la inclinación más violenta,  
el planeta más impío,  
sólo el albedrío inclinan,  
no fuerzan el albedrío. Y así,  
entre una y otra causa  
vacilante y discursivo,  
previne un remedio tal  
que os suspenda los sentidos.  
Yo he de ponerle mañana  
sin que él sepa que es mi hijo  
y rey vuestro, a Segismundo  
(que este su nombre ha sido)  
en mi dosel, en mi silla,  
y, en fin, en el lugar mío,  
donde os gobierne y os mande,  
y donde todos rendidos  
la obediencia le juréis;  
pues con aquesto consigo



tres cosas, con que respondo  
a las otras tres que he dicho.  
Es la primera, que siendo  
prudente, cuerdo y benigno,  
desmintiendo en todo al hado  
que de él tantas cosas dijo,  
gozaréis el natural  
príncipe vuestro, que ha sido  
cortesano de unos montes,  
y de sus fieras vecino.  
Es la segunda, que si él,  
soberbio, osado, atrevido  
y cruel, con rienda suelta  
corre el campo de sus vicios,  
habré yo piadoso entonces  
con mi obligación cumplido;  
y luego en desposeerle  
haré como rey invicto,  
siendo el volverle a la cárcel  
no crueldad, sino castigo.  
Es la tercera, que siendo  
el príncipe como os digo,  
por lo que os amo, vasallos,  
os daré reyes más dignos  
de la corona y el cetro,  
pues serán mis dos sobrinos;  
juntando en uno el derecho  
de los dos, y convenidos  
con la fe del matrimonio  
tendrán lo que han merecido.  
Esto como rey os mando,  
esto como padre os pido,  
esto como sabio os ruego,



esto como anciano os digo;  
y si el Séneca español  
que era humilde esclavo, dijo,  
de su república un rey,  
como esclavo os lo suplico.  
ASTOLFO: Si a mí el responder me toca,  
como el que en efecto ha sido  
aquí el más interesado,  
en nombre de todos digo  
que Segismundo parezca  
pues le basta ser tu hijo.

TODOS: Danos al príncipe nuestro,  
que ya por rey le pedimos.

BASILIO: Vasallos, esa fineza  
os agradezco y estimo.  
Acompañad a sus cuartos  
a los dos atlantes míos,  
que mañana le veréis.

TODOS: ¡Viva el grande rey Basilio!

(Antes que se entre el REY salen CLOTALDO,  
ROSAURA y CLARÍN, y  
[CLOTALDO] detiene al REY.)

CLOTALDO: ¿Podréte hablar?

BASILIO: ¡Oh Clotaldo,  
tú seas muy bien venido!

CLOTALDO: Aunque viniendo a tus plantas  
es fuerza el haberlo sido,



esta vez rompe, señor,  
el hado triste y esquivo,  
el privilegio a la ley,  
y a la costumbre el estilo.

BASILIO: ¿Qué tienes?

CLOTALDO: Una desdicha,  
señor, que me ha sucedido, cuando pudiera  
tenerla  
por el mayor regocijo.

BASILIO: Prosigue.

CLOTALDO: Este bello joven,  
osado o inadvertido,  
entró en la torre, señor,  
adonde al Príncipe ha visto,  
y es...

BASILIO: No te aflijas, Clotaldo.  
Si otro día hubiera sido,  
confieso que lo sintiera;  
pero ya el secreto he dicho,  
y no importa que él lo sepa,  
supuesto que yo lo digo.  
Vedme después porque tengo  
muchas cosas que advertiros,  
y muchas que hagáis por mí;  
que habéis de ser, os aviso,  
instrumento del mayor  
suceso que el mundo ha visto;  
y a esos presos, porque al fin  
no presumáis que castigo



descuidos vuestros, perdono.

CLOTALDO: ¡Vivas, gran señor, mil siglos!  
(Mejóro el cielo la suerte.  
Ya no diré que es mi hijo,  
pues que lo puedo excusar.)  
Extranjeros peregrinos,  
libres estáis.

ROSAURA: Tus pies beso  
mil veces.

CLARÍN: Y yo los viso,  
que una letra más o menos  
no reparan dos amigos.

ROSAURA: La vida, señor, me has dado;  
y pues a tu cuenta vivo,  
eternamente seré  
esclavo tuyo.

CLOTALDO: No ha sido  
vida la que yo te he dado,  
porque un hombre bien nacido,  
si está agraviado, no vive;  
y supuesto que has venido  
a vengarte de un agravio,  
según tú propio me has dicho,  
no te he dado vida yo,  
porque tú no la has traído;  
que vida infame no es vida.

ROSAURA: (Bien con aquesto le animo.)



Confieso que no la tengo,  
aunque de ti la recibo;  
pero yo con la venganza  
dejaré mi honor tan limpio,  
que pueda mi vida luego,  
atropellando peligros,  
parecer dádiva tuya.

CLOTALDO: Toma el acero bruñido  
que trajiste; que yo sé  
que él baste, en sangre teñido  
de tu enemigo, a vengarte;  
porque acero que fue mío  
(digo este instante, este rato  
que en mi poder le he tenido)  
sabrá vengarte.

ROSAURA: En tu nombre segunda vez me le ciño,  
y en él juro mi venganza,  
aunque fuese mi enemigo  
más poderoso.

CLOTALDO: ¿Es lo mucho?

ROSAURA: Tanto que no te lo digo;  
no porque de tu prudencia  
mayores cosas no fío,  
sino porque no se vuelva  
contra mí el favor que admiro  
en tu piedad.

CLOTALDO: Antes fuera  
ganarme a mí con decirlo;



pues fuera cerrarme el paso  
de ayudar a tu enemigo.

ROSAURA: (¡Oh, si supiera quién es!)  
Porque no pienses que estimo  
tan poco esa confianza,  
sabe que el contrario ha sido  
no menos que Astolfo, duque  
de Moscovia.

CLOTALDO: (Mal resisto el dolor, porque es más grave que fue  
imaginado, visto.)  
Apuremos más el caso.  
Si moscovita has nacido,  
el que es natural señor  
mal agraviarte ha podido.  
Vuélvete a tu patria, pues,  
y deja el ardiente brío  
que te despeña.

ROSAURA: Yo sé que, aunque mi príncipe ha sido,  
pudo agraviarme.

CLOTALDO: No pudo,  
aunque pusiera, atrevido,  
la mano en tu rostro.

ROSAURA: (¡Ay cielos!)  
Mayor fue el agravio mío.

CLOTALDO: Dilo ya, pues que no puedes  
decir más que yo imagino.



ROSAURA: Sí dijera; mas no sé  
con qué respeto te miro,  
con qué afecto te venero,  
con qué estimación te asisto,  
que no me atrevo a decirte  
que es este exterior vestido  
enigma, pues no es de quien  
parece. Juzga advertido,  
si no soy lo que parezco,  
y Astolfo a casarse vino  
con Estrella, si podrá  
agraviarme. Harto te he dicho.

(Vanse ROSAURA y CLARÍN.)

CLOTALDO: ¡Escucha, aguarda, detente!  
¿Qué confuso laberinto  
es éste, donde no puede  
hallar la razón el hilo?  
Mi honor es el agraviado,  
poderoso el enemigo,  
yo vasallo, ella mujer.  
Descubra el cielo camino;  
aunque no sé si podrá,  
cuando en tan confuso abismo  
es todo el cielo un presagio,  
y es todo el mundo un prodigio.



## Jornada segunda

(Salen el REY BASILIO y CLOTALDO.)

CLOTALDO: Todo, como lo mandaste,  
queda efectuado.

BASILIO: Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO: Fue, señor, de esta manera.  
Con la apacible bebida  
que de confecciones llena  
hacer mandaste, mezclando  
la virtud de algunas hierbas,  
cuyo tirano poder  
y cuya secreta fuerza  
así al humano discurso  
priva, roba y enajena,  
que deja vivo cadáver  
a un hombre, y cuya violencia,  
adormecido, le quita  
los sentidos y potencias...  
(No tenemos que argüir  
que aquesto posible sea,  
pues tantas veces, señor,  
nos ha dicho la experiencia,  
y es cierto, que de secretos



naturales está llena  
la medicina, y no hay  
animal, planta ni piedra que no tenga calidad  
determinada; y si llega  
a examinar mil venenos  
la humana malicia nuestra  
que den la muerte, ¿qué mucho  
que, templada su violencia,  
pues hay venenos que maten,  
haya venenos que aduerman?  
Dejando aparte el dudar  
si es posible que suceda,  
pues que ya queda probado  
con razones y evidencias...)  
con la bebida, en efecto,  
que el opio, la adormidera  
y el beleño compusieron,  
bajé a la cárcel estrecha  
de Segismundo; con él  
hablé un rato de las letras  
humanas que le ha enseñado  
la muda naturaleza  
de los montes y los cielos,  
y en cuya divina escuela  
la retórica aprendió  
de las aves y las fieras.  
Para levantarle más  
el espíritu a la empresa  
que solicitas, tomé  
por asunto la presteza  
de un águila caudalosa que,  
despreciando la esfera  
del viento, pasaba a ser,



en las regiones supremas  
del fuego, rayo de pluma,  
o desasido cometa.  
Encarecí el vuelo altivo, diciendo: «Al fin eres reina  
de las aves, y así a todas  
es justo que te prefieras.»  
Él no hubo menester más,  
que en tocando esta materia  
de la majestad, discurre  
con ambición y soberbia;  
porque en efecto la sangre  
le incita, mueve y alienta  
a cosas grandes, y dijo:  
«¡Que en la república inquieta  
de las aves también haya  
quien les jure la obediencia!  
En llegando a este discurso  
mis desdichas me consuelan;  
pues, por lo menos, si estoy  
sujeto, lo estoy por fuerza,  
porque voluntariamente  
a otro hombre no me rindiera.»  
Viéndole ya enfurecido  
con esto, que ha sido el tema  
de su dolor, le brindé  
con la pócima y, apenas  
pasó desde el vaso al pecho  
el licor, cuando las fuerzas  
rindió al sueño, discurriendo  
por los miembros y las venas  
un sudor frío, de modo  
que a no saber yo que era  
muerte fingida, dudara



de su vida. En esto llegan  
las gentes de quien tú fías  
el valor de esta experiencia,  
y poniéndole en un coche  
hasta tu cuarto le llevan,  
donde prevenida estaba  
la majestad y grandeza  
que es digna de su persona.  
Allí en tu cama le acuestan,  
donde al tiempo que el letargo  
haya perdido la fuerza,  
como a ti mismo, señor,  
le sirvan, que así lo ordenas.  
Y si haberte obedecido  
te obliga a que yo merezca  
galardón, sólo te pido  
(perdona mi inadvertencia)  
que me digas qué es tu intento,  
trayendo de esta manera  
a Segismundo a palacio.  
Clotaldo, muy justa es esa  
duda que tienes, y quiero  
sólo a vos satisfacerla.  
A Segismundo, mi hijo,  
el influjo de su estrella  
(vos lo sabéis) amenaza  
mil desdichas y tragedias.  
Quiero examinar si el cielo  
(que no es posible que mienta,  
y más habiéndonos dado  
de su rigor tantas muestras  
en su cruel condición)  
o se mitiga o se templa

BASILIO:



por lo menos, y vencido  
con valor y con prudencia  
se desdice; porque el hombre  
predomina en las estrellas.  
Esto quiero examinar,  
trayéndole donde sepa  
que es mi hijo y donde haga de su talento la  
prueba.  
Si magnánimo se vence  
reinará; pero si muestra  
el ser cruel y tirano,  
le volveré a su cadena.  
Ágora preguntarás  
que para a que esta experiencia  
¿qué importó haberle traído  
dormido de esta manera?  
Y quiero satisfacerte  
dándote a todo respuesta.  
Si él supiera que es mi hijo  
hoy, y mañana se viera  
segunda vez reducido  
a su prisión y miseria,  
cierto es de su condición  
que desesperara en ella;  
porque sabiendo quién es  
¿qué consuelo habrá que tenga?  
Y así he querido dejar  
abierta al daño esta puerta  
del decir que fue soñado  
cuanto vio. Con esto llegan  
a examinarse dos cosas.  
Su condición la primera;  
pues él despierto procede



en cuanto imagina y piensa.  
Y el consuelo la segunda;  
pues aunque ágora se vea  
obedecido, y después  
a sus prisiones se vuelva,  
podrá entender que soñó,  
y hará bien cuando lo entienda,  
porque en el mundo, Clotaldo,  
todos los que viven sueñan.

CLOTALDO: Razones no me faltaran  
para probar que no aciertas.  
Mas ya no tiene remedio;  
y según dicen las señas,  
parece que ha despertado,  
y hacia nosotros se acerca.

BASILIO: Yo me quiero retirar.  
Tú, como ayo suyo, llega,  
y de tantas confusiones  
como su discurso  
cercan  
le saca con la verdad.

CLOTALDO: En fin, ¿que me das licencia  
para que lo diga?

BASILIO: Sí; que podrá ser, con saberla,  
que, conocido el peligro,  
más fácilmente se venza.

(Vase, y sale CLARÍN.)



CLARÍN: (A costa de cuatro palos que el llegar aquí me cuesta de un alabardero rubio que barbó de su librea, tengo que ver cuánto pasa; que no hay ventana más cierta que aquella que, sin rogar a un ministro de boletas, un hombre se trae consigo; pues para todas las fiestas despojado y despejado se asoma a su desvergüenza.)

CLOTALDO: (Éste es Clarín, el criado de aquella, ¡ay cielos!, de aquella que, tratante de desdichas, pasó a Polonia mi afrenta.) Clarín, ¿qué hay de nuevo?

CLARÍN: Hay, señor, que tu gran clemencia dispuesta a vengar agravios de Rosaura, la aconseja que tome su propio traje.

CLOTALDO: Y es bien, porque no parezca liviandad.

CLARÍN: Hay que, mudando su nombre y tomando, cuerda, nombre de sobrina tuya, hoy tanto honor se acrecienta que dama en palacio ya de la singular Estrella



vive.

CLOTALDO: Es bien que de una vez  
tome su honor por mi cuenta.

CLARÍN: Hay que ella se está esperando  
que ocasión y tiempo venga  
en que vuelvas por su honor.

CLOTALDO: Prevención segura es ésa;  
que al fin el tiempo ha de ser  
quien haga esas diligencias.

CLARÍN: Hay que ella está regalada,  
servida como una reina,  
en fe de sobrina tuya.  
Y hay que, viviendo con ella,  
estoy yo muriendo de hambre,  
y nadie de mí se acuerda,  
sin mirar que soy Clarín, y que si el tal clarín suena,  
podrá decir cuánto pasa  
al Rey, a Astolfo y a Estrella;  
porque clarín y criado  
son dos cosas que se llevan  
con el secreto muy mal;  
y podrá ser, si me deja  
el silencio de su mano,  
se cante por mí esta letra:  
Clarín que rompe el albor  
no suena mejor.

CLOTALDO: Tu queja está bien fundada;  
yo satisfaceré tu queja,  
y en tanto sírveme a mí.



CLARÍN: Pues ya Segismundo llega.

(Salen músicos cantando, y criados, dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado.)

SEGISMUNDO: ¡Válgame el cielo, qué veo!

¡Válgame el cielo, qué miro!  
Con poco espanto lo admiro,  
con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos?  
¿Yo entre telas y brocados?  
¿Yo cercado de criados  
tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir  
en lecho tan excelente?  
¿Yo en medio de tanta gente  
que me sirva de vestir?

Decir que sueño es engaño;  
bien sé que despierto estoy.

¿Yo Segismundo no soy?  
Dadme, cielos, desengaño.  
Decidme: ¿qué pudo ser  
esto que a mi fantasía  
sucedió mientras dormía,  
que aquí me he llegado a ver?

Pero sea lo que fuere,  
¿quién me mete en discurrir?  
Dejarme quiero servir,  
y venga lo que viniere.

[CRIADO] 2: ¡Qué melancólico estás!



[CRIADO] 1: Pues ¿a quién le sucediera esto, que no lo estuviera?

CLARÍN: A mí.

[CRIADO] 2: Llega a hablarle ya.

[CRIADO] 1: ¿Volverán a cantar?

SEGISMUNDO: No,  
no quiero que canten más.

[CRIADO] 2: Como tan suspenso estás,  
quise divertirte.

SEGISMUNDO: Yo  
no tengo de divertir  
con sus voces mis pesares;  
las músicas militares  
sólo he gustado de oír.

CLOTALDO: Vuestra Alteza, gran señor  
me dé su mano a besar;  
que el primero le ha de dar  
esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO: Clotaldo es; pues ¿cómo así  
quien en prisión me maltrata  
con tal respeto me trata?  
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO: Con la grande confusión  
que el nuevo estado te da,



mil dudas padecerá  
el discurso y la razón.

Pero ya librarte quiero  
de todas, si puede ser,  
porque has, señor, de saber  
que eres príncipe heredero  
de Polonia. Si has estado  
retirado y escondido,  
por obedecer ha sido  
a la inclemencia del hado,  
que mil tragedias consiente  
a este imperio, cuando en él  
el soberano laurel  
corone tu augusta frente.

Mas fiando a tu atención  
que vencerás las estrellas,  
porque es posible vencerlas  
a un magnánimo varón,  
a palacio te han traído  
de la torre en que vivías,  
mientras al sueño tenías  
el espíritu rendido.

Tu padre, el Rey mi señor,  
vendrá a verte, y de él sabrás,  
Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO: Pues vil, infame y traidor,  
¿qué tengo más que saber,  
después de saber quién soy,  
para mostrar desde hoy  
mi soberbia y mi poder?  
¿Cómo a tu patria le has hecho  
tal traición, que me ocultaste



a mí, pues que me negaste,  
contra razón y derecho,  
este estado?

CLOTALDO: ¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO: Traidor fuiste con la ley,  
lisonjero con el Rey,  
y cruel conmigo fuiste;  
y así el Rey, la ley y yo,  
entre desdichas tan fieras,  
te condenan a que mueras  
a mis manos.

[CRIADO] 2: Señor...

SEGISMUNDO: No  
me estorbe nadie, que es vana  
diligencia; y ¡vive Dios!  
si os ponéis delante vos,  
que os eche por la ventana.

[CRIADO] 1: Huye, Clotaldo.

CLOTALDO: ¡Ay de ti,  
que soberbia vas mostrando,  
sin saber que estás soñando!

[CRIADO] 2: Advierte...

SEGISMUNDO: Apartad de aquí.

[CRIADO] 2: ... que a su Rey obedeció.



SEGISMUNDO: En lo que no es justa ley  
no ha de obedecer al Rey;  
y tu príncipe era yo.

[CRIADO] 2: Él no debió examinar  
si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO: Que estáis mal con vos, sospecho,  
pues me dais que replicar.

CLARÍN : Dice el Príncipe muy bien,  
y vos hiciste muy mal.

[CRIADO] 1: ¿Quién os dio licencia igual?

CLARÍN: Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO: ¿Quién eres tú?, di.

CLARÍN: Entremetido,  
y de este oficio soy jefe,  
porque soy el mequetrefe  
mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO: Tú solo en tan nuevos mundos  
me has agradado.

CLARÍN: Señor,  
soy un grande agradador  
de todos los Segismundos.

(Sale ASTOLFO.)

ASTOLFO: ¡Feliz mil veces el día,



oh Príncipe, que os mostráis,  
sol de Polonia, y llenáis  
de resplandor y alegría  
todos estos horizontes  
con tan divino arrebol,  
pues que salís como el sol  
de debajo de los montes!  
Salid, pues, y aunque tan tarde  
se corona vuestra frente  
del laurel resplandeciente,  
tarde muera.

SEGISMUNDO: Dios os guarde.

ASTOLFO: El no haberme conocido  
sólo por disculpa os doy  
de no honrarme más. Yo soy  
Astolfo, duque he nacido  
de Moscovia, y primo vuestro;  
haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO: Si digo que os guarde Dios,  
¿bastante agrado no os nuestro?  
Pero ya que, haciendo alarde  
de quien sois, de esto os quejáis,  
otra vez que me veáis  
le diré a Dios que no os guarde.

[CRIADO] 2: (A ASTOLFO.)  
Vuestra Alteza considere  
que como en montes nacido  
con todos ha procedido.  
(A SEGISMUNDO.)



Astolfo, señor, prefiere...

SEGISMUNDO: Cansóme cómo llegó  
grave a hablarme; y lo primero  
que hizo, se puso el sombrero.

[CRIADO] 2: Es grande.

SEGISMUNDO: Mayor soy yo.

[CRIADO] 2: Con todo eso, entre los dos  
que haya más respeto es bien  
que entre los demás.

SEGISMUNDO: ¿Y quién  
os mete conmigo a vos?

(Sale CLOTALDO.)

CLOTALDO: Vuestra Alteza, señor, sea  
muchas veces bien venido  
al dosel, que agradecido  
le recibe y le desea,  
adonde, a pesar de engaños,  
viva augusto y eminente,  
donde su vida se cuente  
por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO: Dime tú ágora, ¿quién es  
esta beldad soberana?  
¿Quién es esta diosa humana,  
a cuyos divinos pies postra el cielo su arbol?  
¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN: Es, señor, tu prima Estrella.



SEGISMUNDO: Mejor dijeras el sol.  
Aunque el parabién es bien  
darme del bien que conquisto,  
de sólo haberos hoy visto  
os admito el parabién;  
y así, del llegarme a ver  
con el bien que no merezco,  
el parabién agradezco,  
Estrella; que amanecer  
podéis, y dar alegría  
al más luciente farol.  
¿Qué dejáis que hacer al sol  
si os levantáis con el día?  
Dadme a besar vuestra mano,  
en cuya copa de nieve  
el aura candores bebe.

CLOTALDO: Sed más galán cortesano.

ASTOLFO: Si él toma la mano, yo  
soy perdido.

[CRIADO] 2: El pesar sé  
de Astolfo, y le estorbaré.  
Advierte, señor, que no  
es justo atreverte así,  
y estando Astolfo...

SEGISMUNDO: ¿No digo que vos no os metáis conmigo?

[CRIADO] 2: Digo lo que es justo.



SEGISMUNDO: A mí todo eso me causa enfado.  
Nada me parece justo en siendo contra mi gusto.

[CRIADO] 2: Pues yo, señor, he escuchado  
de ti que en lo justo es bien  
obedecer y servir.

SEGISMUNDO: También oíste decir  
que por un balcón, a quien  
me canse, sabré arrojar.

[CRIADO] 2: Con los hombres como yo  
no puede hacerse eso.

SEGISMUNDO: ¿No?  
¡Por Dios, que lo he de probar!  
(Cógle en los brazos y entrase, y todos tras él, y  
torna a salir.)

ASTOLFO: ¿Qué es esto que llevo a ver?

CLOTALDO: Llegad todos a ayudar.

SEGISMUNDO: Cayó del balcón al mar.  
¡Vive Dios que pudo ser!

ASTOLFO: Pues medid con más espacio  
vuestras acciones severas;  
que lo que hay de hombres a fieras  
hay desde un monte a palacio.

SEGISMUNDO: Pues en dando tan severo  
en hablar con entereza,



quizá no hallaréis cabeza  
en que se os tenga el sombrero.

(Vase ASTOLFO y sale el REY.)

BASILIO: ¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO: Nada ha sido. A un hombre que me ha cansado  
de ese balcón he arrojado.

CLARÍN: Que es el Rey está advertido.

BASILIO: ¿Tan presto una vida cuesta  
tu venida el primer día?

SEGISMUNDO: Díjome que no podía  
hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO: Pésame mucho que cuando,  
Príncipe, a verte he venido,  
pensando hallarte advertido,  
de hados y estrellas triunfando,  
con tanto rigor te vea,  
y que la primera acción  
que has hecho en esta ocasión  
un grave homicidio sea.  
¿Con qué amor llegar podré  
a darte ágora mis brazos,  
si de sus soberbios lazos,  
que están enseñados sé  
a dar muerte? ¿Quién llegó  
a ver desnudo el puñal  
que dio una herida mortal,



que no temiese? ¿Quién vio  
sangriento el lugar, adonde  
a otro hombre dieron muerte,  
que no sienta? Que el más fuerte  
a su natural responde.

Yo así, que en tus brazos miro  
de esta muerte el instrumento,  
y miro el lugar sangriento  
de tus brazos me retiro;

y, aunque en amorosos lazos  
ceñir tu cuello pensé,  
sin ellos me volveré,  
que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO: Sin ellos me podré estar  
como me he estado hasta aquí,  
que un padre que contra mí  
tanto rigor sabe usar  
que con condición ingrata  
de su lado me desvía,  
como a una fiera me cría  
y como a un monstruo me trata,  
y mi muerte solicita,  
de poca importancia fue  
que los brazos no me dé,  
cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO: Al cielo y a Dios pluguiera  
que a dártelo no llegara;  
pues ni tu voz escuchara,  
ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO: Si no me le hubieras dado,



no me quejara de ti;  
pero una vez dado, sí  
por habérmele quitado;  
que aunque el dar el acción es  
más noble y más singular,  
es mayor bajaiza dar,  
para quitarlo después.

BASILIO: ¡Bien me agradeces el verte,  
de un humilde y pobre preso,  
príncipe ya!

SEGISMUNDO: Pues en eso  
¿qué tengo que agradecerte?  
Tirano de mi albedrío,  
si viejo y caduco estás  
muriéndote, ¿qué me das?  
¿Dasme más de lo que es mío?  
Mi padre eres y mi rey;  
luego toda esta grandeza me da la naturaleza  
por derechos de su ley.  
Luego, aunque esté en este estado,  
obligado no te quedo,  
y pedirte cuentas puedo  
del tiempo que me has quitado  
libertad, vida y honor;  
y así, agrádéceme a mí  
que yo no cobre de ti,  
pues eres tú mi deudor.

BASILIO: Bárbaro eres y atrevido;  
cumplió su palabra el cielo;  
y así, para él mismo apelo,



soberbio, desvanecido.

Y aunque sepas ya quién eres,  
y desengañado estés,  
y aunque en un lugar te ves  
donde a todos te prefieres,  
mira bien lo que te advierto:  
que seas humilde y blando,  
porque quizá estás soñando,  
aunque ves que estás despierto.

SEGISMUNDO: ¿Que quizá soñando estoy,  
aunque despierto me veo?  
No sueño, pues toco y creo  
lo que he sido y lo que soy.

Y aunque ágora te arrepientas,  
poco remedio tendrás;  
sé quién soy, y no podrás,  
aunque suspires y sientas,  
quitarme el haber nacido  
de esta corona heredero; y si me viste primero  
a las prisiones rendido,  
fue porque ignoré quién era.  
Pero ya informado estoy  
de quién soy; y sé que soy  
un compuesto de hombre y fiera.

(Sale ROSAURA, dama.)

ROSAURA: Siguiendo a Estrella vengo,  
y gran temor de hallar a Astolfo tengo;  
que Clotaldo desea  
que no sepa quién soy, y no me vea,  
porque dice que importa al honor mío;



y de Clotaldo fío  
su efecto; pues le debo agradecida  
aquí el amparo de mi honor y vida.  
CLARÍN: ¿Qué es lo que te ha agradado  
más de cuanto hoy has visto y  
admirado?

SEGISMUNDO: Nada me ha suspendido,  
que todo lo tenía prevenido;  
mas si admirar hubiera  
algo en el mundo, la hermosura fuera  
de la mujer. Leía  
una vez en los libros que tenía,  
que lo que a Dios mayor estudio debe  
era el hombre, por ser un mundo  
breve.  
Mas ya que lo es recelo  
la mujer, pues ha sido un breve cielo;  
y más beldad encierra  
que el hombre, cuanto va de cielo a  
tierra; y más si es la que miro.

ROSAURA: El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO: Oye, mujer, detente.  
No juntes el ocaso y el oriente,  
huyendo al primer paso;  
que juntando el oriente y el ocaso,  
la lumbre y sombra fría,  
serás sin duda síncope del día.  
Pero ¿qué es lo que veo?

ROSAURA: Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.



SEGISMUNDO: Yo he visto esta belleza  
otra vez.

ROSAURA: Yo, esta pompa, esta  
grandeza  
he visto reducida  
a una estrecha prisión.

SEGISMUNDO: (Ya hallé mi vida.)  
Mujer, que este nombre  
es el mejor requiebro para el hombre  
¿quién eres? Que sin verte  
adoración me debes; y de suerte  
por la fe te conquisto  
que me persuado a que otra vez te he  
visto.  
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA: (Disimular me importa.) Soy de Estrella  
una infelice dama.

SEGISMUNDO: No digas tal; di el sol, a cuya llama  
aquella estrella vive,  
pues de tus rayos resplandor recibe.  
Yo vi en reino de olores  
que presidía entre comunes flores  
la deidad de la rosa;  
y era su emperatriz por más hermosa.  
Yo vi entre piedras finas  
de la docta academia de sus minas  
preferir el diamante,  
y ser su emperador por más brillante.  
Yo en esas cortes bellas



de la inquieta república de estrellas  
vi en el lugar primero  
por rey de las estrellas el lucero.  
Yo en esferas perfectas,  
llamando el sol a cortes los planetas,  
le vi que presidía  
como mayor oráculo del día.  
Pues ¿cómo, si entre flores, entre  
estrellas, piedras, signos, planetas, las más  
bellas prefieren, tú has servido  
la de menos beldad, habiendo sido  
por más bella y hermosa,  
sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

(Sale CLOTALDO.)

CLOTALDO: A Segismundo reducir deseo,  
porque en fin lo he criado. Mas ¿qué  
veo?

ROSAURA: Tu favor reverencio.  
Respóndete retórico el silencio;  
cuando tan torpe la razón se halla,  
mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO: No has de ausentarte, espera.  
¿Cómo quieres dejar esa manera  
a oscuras mi sentido?

ROSAURA: Esta licencia a Vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO: Irte con tal violencia  
no es pedir, es tomarte la licencia.



ROSAURA: Pues, si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO: Harás que de cortés pase a grosero;  
porque la resistencia  
es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA: Pues cuando ese veneno,  
de furia, de rigor y saña lleno,  
la paciencia venciera,  
mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO: Sólo por ver si puedo  
harás que pierda a tu hermosura el  
miedo,  
que soy muy inclinado  
a vencer lo imposible. Hoy he arrojado  
dese balcón a un hombre que decía  
que hacerse no podía;  
y así, por ver si puedo, cosa es llana  
que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO: Mucho se va empeñando.  
¿Qué he de hacer, cielos, cuando tras un loco  
deseo mi honor segunda vez a riesgo veo?

ROSAURA: No en vano prevenía  
a este reino infeliz tu tiranía  
escándalos tan fuertes  
de delitos, traiciones, iras, muertes.  
Mas ¿qué ha de hacer un hombre,  
que de humano no tiene más que el  
nombre



atrevido, inhumano,  
cruel, soberbio, bárbaro y tirano,  
nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO: Porque tú ese baldón no me dijeras  
tan cortés me mostraba,  
pensando que con esto te obligaba;  
mas, si lo soy hablando de este modo,  
has de decirlo, ¡vive Dios!, por todo.  
¡Hola!, dejadnos solos, y esa puerta  
se cierre y no entre nadie.

(Vase CLARÍN.)

ROSAURA: Yo soy muerta.  
Advierte...

SEGISMUNDO: Soy tirano,  
y ya pretendes, reducirme en vano.

CLOTALDO: ¡Oh qué lance tan fuerte!  
Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte.  
Señor, atiende, mira.

SEGISMUNDO: Segunda vez me has provocado la ira, viejo  
caduco y loco. ¿Mi enojo y mi rigor tienes en  
poco?  
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO: De los acentos de esta voz llamado,  
a decirte que seas  
más apacible, si reinar deseas;  
y no, por verte ya de todos dueño,  
seas cruel, porque quizá es un sueño.



SEGISMUNDO: A rabia me provocas,  
cuando la luz del desengaño tocas.  
Veré, dándote muerte,  
si es sueño o si es verdad.

(Al ir a sacar la daga, se la tiene CLOTALDO y se  
arrodilla.)

CLOTALDO: Yo de esta suerte  
librar mi vida espero.

SEGISMUNDO: Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO: Hasta que gente venga,  
que tu rigor y cólera detenga,  
no he de soltarte.

ROSAURA: ¡Ay, cielos!

SEGISMUNDO: Suelta, digo,  
caduco, loco, bárbaro, enemigo,  
o será de esta suerte  
(Luchan.)  
el darte ágora entre mis brazos muerte.

ROSAURA: ¡Acudid todos presto,  
que matan a Clotaldo!  
(Vase.)  
(Sale ASTOLFO a tiempo que cae CLOTALDO a  
sus pies, y él ASTOLFO)  
Pues ¿qué es esto,  
príncipe generoso?



¿Así se mancha acero tan brioso  
en una sangre helada?  
Vuelva a la vaina tu lucida espada.

SEGISMUNDO: En viéndola teñida  
en esa infame sangre.

ASTOLFO: Ya su vida  
tomó a mis pies sagrado;  
y de algo ha de servirme haber  
llegado.

SEGISMUNDO: Sírvate de morir; pues de esta suerte  
también sabré vengarme con tu muerte  
de aquel pasado enojo.

ASTOLFO: Yo definiendo  
mi vida; así la majestad no ofendo.

(Sacan las espadas, y salen el REY BASILIO y  
CLOTALDO.)

CLOTALDO: No le ofendas, señor.

BASILIO: Pues ¿aquí espadas?

CLOTALDO: Astolfo es. ¡Ay de mí, penas airadas!

BASILIO: Pues, ¿qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO: Nada, señor, habiendo tú llegado.  
(Envainan.)

SEGISMUNDO: Mucho, señor, aunque hayas tú



venido; yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO: ¿Respeto no tenías a estas canas?

CLOTALDO: Señor, ved que son  
mías; que no importa veréis.

SEGISMUNDO: Acciones vanas,  
querer que tenga yo respeto a canas;  
pues aun éstas podría  
ser que viese a mis plantas algún día;  
porque aún no estoy vengado  
del modo injusto con que me has  
criado.  
(Vase.)

BASILIO: Pues antes que lo veas,  
volverás a dormir adonde creas  
que cuanto te ha pasado,  
como fue bien del mundo, fue soñado.

(Vanse el REY y CLOTALDO. Quedan  
ESTRELLA y ASTOLFO.)

ASTOLFO: ¡Qué pocas veces el hado  
que dice desdichas miente,  
pues es tan cierto en los males  
cuanto dudoso en los bienes!  
¡Qué buen astrólogo fuera,  
si siempre caso crueles es  
anunciara, pues no hay duda  
que ellos fueran verdad siempre!  
Conocerse esta experiencia  
en mí y Segismundo puede,



Estrella, pues en los dos  
hizo muestras diferentes.  
En él previno rigores,  
soberbias, desdichas, muertes y en todo dijo  
verdad,  
porque todo, al fin, sucede.  
Pero en mí (que al ver, señora  
esos rayos excelentes,  
de quien el sol fue una sombra  
y el cielo un amago breve)  
que me previno venturas,  
trofeos, aplausos, bienes  
dijo mal y dijo bien;  
pues sólo es justo que acierte  
cuando amaga con favores  
y ejecuta con desdenes.

CLOTALDO: No dudo que esas finezas  
son verdades evidentes;  
mas serán por otra dama,  
cuyo retrato pendiente  
trajiste al cuello cuando  
llegasteis, Astolfo, a verme;  
y siendo así, esos requiebros  
ella sola los merece.  
Acudid a que ella os pague;  
que no son buenos papeles  
en el consejo de amor  
las finezas ni las fes  
que se hicieron en servicio  
de otras damas y otros reyes.

(Sale ROSAURA al paño.)



ROSAURA: ¡Gracias a Dios que han llegado  
ya mis desdichas crueles  
al término suyo, pues  
quien esto ve nada teme!

ASTOLFO: Yo haré que el retrato salga del pecho, para que entre  
la imagen de tu hermosura.  
Donde entra Estrella no tiene  
lugar la sombra, ni estrella  
donde el sol; voy a traerle.  
(Aparte.)  
Perdona, Rosaura hermosa,  
este agravio, porque ausentes,  
no se guardan más fe que ésta  
los hombres y las mujeres.  
(Vase.)

ROSAURA: Nada he podido escuchar,  
temerosa que me viese.

CLOTALDO: Astrea.

ROSAURA: Señora mía.

CLOTALDO: Heme holgado que tú fueses  
la que llegaste hasta aquí;  
porque de ti solamente  
fiara un secreto.

ROSAURA: Honras,  
señora, a quien te obedece.



CLOTALDO: En el poco tiempo, Astrea,  
que ha que te conozco, tienes  
de mi voluntad las llaves;  
por esto, y por ser quien eres,  
me atrevo a fiar de ti  
lo que aun de mí muchas veces  
recaté.

ROSAURA: Tu esclava soy.

CLOTALDO: Pues, para decirlo en breve,  
mi primo Astolfo (bastara que mi primo te dijese,  
porque hay cosas que se dicen  
con pensarlas solamente)  
ha de casarse conmigo,  
si es que la fortuna quiere  
que con una dicha sola  
tantas desdichas descuente.  
Pesóme que el primer día  
echado al cuello trajese  
el retrato de una dama.  
Habléle en él cortésmente;  
es galán y quiere bien;  
fue por él, y ha de traerle  
aquí. Embarázame mucho  
que él a mí a dármele llegue.  
Quédate aquí y cuando venga  
le dirás que te le entregue  
a ti. No te digo más.  
Discreta y hermosa eres;  
bien sabrás lo que es amor.  
(Vase.)



ROSAURA: ¡Ojalá no lo supiese!  
¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera  
tan atenta y tan prudente  
que supiera aconsejarse  
hoy en ocasión tan fuerte?  
¿Habrá persona en el mundo  
a quien el cielo inclemente  
con más desdichas combata  
y con más pesares cerque?  
¿Qué haré en tantas confusiones,  
donde imposible parece  
que halle razón que me alivie, ni alivio que me  
consuele?  
Desde la primer desdicha  
no hay suceso ni accidente  
que otra desdicha no sea;  
que unas a otras suceden,  
herederas de sí mismas.  
A la imitación del fénix,  
unas de las otras nacen,  
viviendo de lo que mueren;  
y siempre de sus cenizas  
está el sepulcro caliente.  
Que eran cobardes, decía  
un sabio, por parecerle  
que nunca andaba una sola;  
yo digo que son valientes,  
pues siempre van adelante,  
y nunca la espalda vuelven.  
Quien las llevase consigo,  
a todo podrá atreverse,  
pues en ninguna ocasión  
no haya miedo que le dejen.



Dígalo yo, pues en tantas  
como a mi vida suceden,  
nunca me he hallado sin ellas,  
ni se han cansado hasta verme,  
herida de la fortuna  
en los brazos de la muerte.  
¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer  
hoy en la ocasión presente?  
Si digo quién soy, Clotaldo,  
a quien mi vida le debe  
este amparo y este honor,  
conmigo ofenderse puede;  
pues me dice que callando  
honor y remedio espere. Si no he de decir quién soy  
a Astolfo, y él llega a verme,  
¿cómo he de disimular?  
Pues aunque fingirlo intenten  
la voz, la lengua y los ojos,  
les dirá el alma que mienten.  
¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio  
lo que haré, si es evidente  
que por más que lo prevenga,  
que lo estudie y que lo piense,  
en llegando la ocasión  
ha de hacer lo que quisiere  
el dolor? Porque ninguno  
imperio en sus penas tiene.  
Y pues a determinar  
lo que ha de hacer no se atreve  
el alma, llegue el dolor  
hoy a su término, llegue  
la pena a su extremo y salga  
de dudas y pareceres



de una vez; pero hasta entonces  
¡valedme, cielos, valedme!

(Sale ASTOLFO con el retrato.)

ASTOLFO: Éste es, señora, el retrato;  
mas ¡ay Dios!

ROSAURA: ¿Qué se suspende  
Vuestra Alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO: De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA: ¿Yo Rosaura? Hase engañado  
Vuestra Alteza, si me tiene  
por otra dama; que yo  
soy Astrea, y no merece  
mi humildad tan grande dicha que esa turbación  
le cueste.

ASTOLFO: Basta, Rosaura, el engaño,  
porque el alma nunca miente; y aunque como a  
Astrea te mire, como a Rosaura te quiere.

ROSAURA: No he entendido a Vuestra Alteza,  
y así no sé responderle.  
Sólo lo que yo diré  
es que Estrella (que lo puede  
ser de Venus) me mandó  
que en esta parte le espere,  
y de la suya le diga  
que aquel retrato me entregue,  
que está muy puesto en razón,  
y yo misma se lo lleve.  
Estrella lo quiere así,



- porque aun las cosas más leves,  
como sean en mi daño,  
es Estrella quien las quiere.
- ASTOLFO: Aunque más esfuerzos hagas,  
¡oh qué mal, Rosaura, puedes  
disimular! Di a los ojos  
que su música concierten  
con la voz; porque es forzoso  
que desdiga y que disuene  
tan destemplado instrumento,  
que ajustar y medir quiere  
la falsedad de quien dice  
con la verdad de quien siente.
- ROSAURA: Ya digo que sólo espero  
el retrato.
- ASTOLFO: Pues que quieres  
llevar al fin el engaño,  
con él quiero responderte.  
Dirásle, Astrea, a la Infanta que yo la estimo de  
suerte  
que, pidiéndome un retrato,  
poca fineza parece  
enviársele; y así,  
porque le estime y le precie,  
le envió el original:  
y tú llevársele puedes,  
pues ya le llevas contigo,  
como a ti misma te llesves.
- ROSAURA: Cuando un hombre se dispone,  
restado, altivo y valiente



a salir con una empresa  
aunque por trato le entreguen  
lo que valga más, sin ella  
necio y desairado vuelve.  
Yo vengo por un retrato,  
y aunque un original lleve  
que vale más, volveré  
desairada; y así, déme  
Vuestra Alteza ese retrato,  
que sin él no he de volverme.

ASTOLFO: Pues ¿cómo, si no he de darle,  
le has de llevar?

ROSAURA: De esta suerte.  
Suéltale, ingrato.

ASTOLFO: Es en vano.

ROSAURA: ¡Vive Dios! que no ha de verse  
en manos de otra mujer.

ASTOLFO: Terrible estás.

ROSAURA: Y tú aleve.

ASTOLFO: Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA: ¿Yo tuya, villano? Mientes.

(Sale CLOTALDO.)

CLOTALDO: Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?



ASTOLFO: Esta es Estrella.

ROSAURA: (Déme, para cobrar mi retrato, ingenio el amor.) Si quieres saber lo que es, yo, señora, te lo diré.

ASTOLFO: ¿Qué pretendes?

ROSAURA: Mandásteme que esperase aquí a Astolfo, y le pidiese un retrato de tu parte. Quedé sola, y como vienen de unos discursos a otros las noticias fácilmente, viéndote hablar de retratos, con su memoria acordéme de que tenía uno mío en la manga. Quise verle, porque una persona sola con locuras se divierte. Cayóseme de la mano al suelo. Astolfo, que viene a entregarte el de otra dama, le levantó, y tan rebelde está en dar el que le pides que, en vez de dar uno, quiere llevar otro. Pues el mío aun no es posible volverme con ruegos y persuasiones, colérica y impaciente yo se le quise quitar.



Aquél que en la mano tiene  
es mío; tú lo verás  
con ver si se me parece.

CLOTALDO: Soltad, Astolfo, el retrato.  
(Quítasele.)

ASTOLFO: Señora...

CLOTALDO: No son crueles  
a la verdad los matices.

ROSAURA: ¿No es mío?

CLOTALDO: ¿Qué duda tiene?

ROSAURA: Di que ahora te entregue el otro.

CLOTALDO: Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA: Yo he cobrado mi retrato  
venga ahora lo que viniere.  
(Vase.)

CLOTALDO: Dadme ahora el retrato vos  
que os pedí: que aunque no piense  
veros ni hablaros jamás,  
no quiero, no, que se quede  
en vuestro poder, siquiera  
porque yo tan neciamente  
lo he pedido.

ASTOLFO: (¿Cómo puedo  
salir de lance tan fuerte?)



Aunque quiera, hermosa Estrella  
servirte y obedecerte,  
no podré darte el retrato  
que me pides, porque...

CLOTALDO: Eres villano y grosero amante.  
No quiero que me le entregues;  
porque yo tampoco quiero, de que yo te le he  
pedido,  
con tomarle, que me acuerdes.  
(Vase.)

ASTOLFO: ¡Oye, escucha, mira, advierte!  
¡Válgate Dios por Rosaura!  
¿Dónde, cómo o de qué suerte  
hoy a Polonia has venido  
a perderme y a perderte?  
(Vase.)

(Descúbrese SEGISMUNDO como al principio,  
con pieles y cadena, durmiendo en el suelo. Salen  
CLOTALDO, CLARÍN y los dos criados.)

CLOTALDO: Aquí le habéis de dejar,  
pues hoy su soberbia acaba  
donde empezó.

[CRIADO] 1: Como estaba,  
la cadena vuelvo a atar.

CLARÍN: No acabes de despertar,  
Segismundo, para verte  
perder, trocada la suerte,



siendo tu gloria fingida  
una sombra de la vida  
y una llama de la muerte.

CLOTALDO: A quien sabe discurrir  
así, es bien que se prevenga  
una estancia donde tenga  
harto lugar de argüir.  
Éste es el que habéis de asir  
y en ese cuarto encerrar.

CLARÍN: ¿Por qué a mí?

CLOTALDO: Porque ha de estar  
guardado en prisión tan grave  
Clarín que secretos sabe,  
donde no pueda sonar.

CLARÍN: ¿Yo, por dicha, solicito  
dar muerte a mi padre? No.  
¿Arrojé del balcón yo  
al Ícaro de poquito?  
¿Yo muero ni resucito?  
¿Yo sueño o duermo? ¿A qué fin me encierran?

CLOTALDO: Eres Clarín.

CLARÍN: Pues ya digo que seré  
corneta, y que callaré,  
que es instrumento ruin.  
(Llévanle.)

(Sale el REY BASILIO rebozado.)

BASILIO: ¿Clotaldo?



CLOTALDO: Señor, ¿así  
viene Vuestra Majestad?

BASILIO: La necia curiosidad  
de ver lo que pasa aquí  
a Segismundo, ¡ay de mí!,  
de este modo me ha traído.

CLOTALDO: Mírale allí reducido  
a su miserable estado.

BASILIO: ¡Ay, príncipe desdichado,  
y en triste punto nacido!  
Llega a despertarle, y a  
que fuerza y vigor perdió  
esos lotos que bebió.

CLOTALDO: Inquieto, señor, está hablando.

BASILIO: ¿Qué soñará  
ágora? Escuchemos pues.

SEGISMUNDO: (En sueños.)  
Piadoso príncipe es  
el que castiga tiranos.  
Muera Clotaldo a mis manos,  
bese mi padre mis pies.

CLOTALDO: Con la muerte me amenaza.

BASILIO: A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO: Quitarme la vida intenta.



BASILIO: Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO: (En sueños.)

Salga a la anchurosa plaza  
del gran teatro del mundo  
este valor sin segundo:  
porque mi venganza cuadre,  
vean triunfar de su padre  
al príncipe Segismundo.  
(Despierta.)  
Mas ¡ay de mí!, ¿dónde estoy?

BASILIO: (A CLOTALDO.)

Pues a mí no me ha de ver.  
Ya sabes lo que has de hacer.  
(Aparte.)  
Desde allí a escucharte voy.  
(Retírase.)

SEGISMUNDO: ¿Soy yo por ventura? ¿Soy  
el que preso y aherrojado  
llego a verme en tal estado?  
¿No sois mi sepulcro vos,  
torre? Sí. ¡Válgame Dios,  
qué de cosas he soñado!

CLOTALDO: A mí me toca llegar  
a hacer la deshecha ahora.  
¿Es ya de despertar hora?

SEGISMUNDO: Sí, hora es ya de despertar.



CLOTALDO: ¿Todo el día te has de estar durmiendo? ¿Desde que yo al águila que voló con tarda vista seguí, y te quedaste tú aquí, nunca has despertado?

SEGISMUNDO: No, ni aun ágora he despertado; que según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy durmiendo, y no estoy muy engañado. Porque si ha sido soñado lo que vi palpable y cierto, lo que veo será incierto; y no es mucho que rendido, pues veo estando dormido que sueñe estando despierto.

CLOTALDO: Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO: Supuesto que sueño fue, no diré lo que soñé; lo que vi, Clotaldo, sí. Yo desperté, y yo me vi (¡qué crueldad tan lisonjera!) en un lecho que pudiera, con matices y colores, ser el catre de las flores que tejió la primavera. Aquí mil nobles rendidos a mis pies nombre me dieron de su príncipe, y sirvieron galas, joyas y vestidos. La calma de mis sentidos



tú trocaste en alegría,  
diciendo la dicha mía;  
que, aunque estoy de esta manera,  
príncipe en Polonia era.

CLOTALDO: Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO: No muy buenas; por traidor,  
con pecho atrevido y fuerte,  
dos veces te daba muerte.

CLOTALDO: ¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO: De todos era señor,  
y de todos me vengaba.  
Sólo a una mujer amaba  
que fue verdad, creo yo,  
en que todo se acabó,  
y esto solo no se acaba.

(Vase el REY.)

CLOTALDO: (Enternecido se ha ido el Rey  
de haberle escuchado.)  
Como habíamos hablado  
de aquella águila, dormido,  
tu sueño imperios han sido;  
mas en sueños fuera bien  
entonces honrar a quien  
te crió en tantos empeños  
Segismundo; que aun en sueños  
no se pierde el hacer bien.  
(Vase.)



SEGISMUNDO: Es verdad; pues reprimamos esta fiera condición,  
esta furia, esta ambición  
por si alguna vez soñamos.  
Y sí haremos, pues estamos  
en mundo tan singular,  
que el vivir sólo es soñar;  
y la experiencia me enseña  
que el hombre que vive sueña  
lo que es hasta despertar.

Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso que recibe  
prestado, en el viento escribe,  
y en cenizas le convierte  
la muerte (¡desdicha fuerte!);  
¡que hay quien intente reinar,  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza,  
sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende;  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí  
de estas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado



más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.



## Jornada tercera

(Sale CLARÍN.)

CLARÍN: En una encantada torre,  
por lo que sé, vivo preso.  
¿Qué me harán por lo que ignoro,  
si por lo que sé me han muerto?  
¡Que un hombre con tanta hambre  
viniese a morir viviendo!  
Lástima tengo de mí.  
Todos dirán: «Bien lo creo»,  
y bien se puede creer;  
pues para mí este silencio  
no conforma con el nombre  
Clarín, y callar no puedo.  
Quien me hace compañía aquí, si a decirlo  
acierto,  
son arañas y ratones.  
¡Miren qué dulces jilgueros!  
De los sueños de esta noche  
la triste cabeza tengo llena de mil chirimías,  
de trompetas y embelecós.  
de procesiones, de cruces,  
de disciplinantes; y éstos,  
unos suben, otros bajan,  
unos se desmayan viendo  
la sangre que llevan otros.  
Mas yo, la verdad diciendo,  
de no comer me desmayo;



que en esta prisión me veo,  
donde ya todos los días  
en el filósofo leo  
Nicomedes, y las noches  
en el concilio Niceno.  
Si llaman santo al callar,  
como en calendario nuevo,  
San Secreto es para mí,  
pues le ayuno y no le huelgo;  
aunque está bien merecido  
el castigo que padezco,  
pues callé, siendo criado,  
que es el mayor sacrilegio.  
(Ruido de cajas y gente, y dicen dentro.)

[SOLDADO] 1: Ésta es la torre en que está.  
Echad la puerta en el suelo;  
entrad todos.

CLARÍN:        ¡Vive Dios!  
                  que a mí me buscan es cierto  
                  pues me dicen que aquí estoy.  
                  ¿Qué me querrán?  
                  (Salen los soldados que pudieren.)

[SOLDADO] 1: Entrad dentro.

[SOLDADO] 2: Aquí está.

CLARÍN:        No está.

TODOS:        Señor...



CLARÍN: ¿Si vienen borrachos éstos?

[SOLDADO] 2: Tú nuestro príncipe eres;  
ni admitimos ni queremos sino al señor natural,  
y no príncipe extranjero.  
A todos nos da los pies.

TODOS: ¡Viva el gran príncipe nuestro!

CLARÍN: ¡Vive Dios, que va de veras!  
¿Si es costumbre en este reino  
prender uno cada día  
y hacerle príncipe, y luego  
volverle a la torre? Sí,  
pues cada día lo veo;  
fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS: Danos tus plantas.

CLARÍN: No puedo,  
porque las he menester  
para mí, y fuera defecto  
ser príncipe desplantado.

[SOLDADO] 2: Todos a tu padre mismo  
le dijimos que a ti solo  
por príncipe conocemos,  
no al de Moscovia.

CLARÍN: ¿A mi padre le perdisteis el respeto?  
Sois unos tales por cuales.

[SOLDADO] 1: Fue lealtad de nuestros pechos.



CLARÍN: Si fue lealtad, yo os perdono.

[SOLDADO] 2: Sal a restaurar tu imperio.  
¡Viva Segismundo!

TODOS: ¡Viva!

CLARÍN: ¿Segismundo dicen? Bueno.  
Segismundos llaman todos  
los príncipes contrahechos.

(Sale SEGISMUNDO.)

SEGISMUNDO: ¿Quién nombra aquí a Segismundo?

CLARÍN: ¡Mas que soy príncipe huero!

[SOLDADO] 2: ¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO: Yo.

[SOLDADO] 2: Pues ¿cómo, atrevido y necio,  
tú te hacías Segismundo?

CLARÍN: ¿Yo Segismundo? Eso niego.  
Que vosotros fuisteis quien  
me segis mundasteis; luego  
vuestra ha sido solamente  
necedad y atrevimiento.

[SOLDADO] 1: Gran príncipe Segismundo  
(que las señas que traemos



tuyas son, aunque por fe  
te aclamamos señor nuestro),  
tu padre, el gran rey Basilio,  
temeroso que los cielos  
cumplan un hado, que dice  
que ha de verse a tus pies puesto,  
vencido de ti, pretende  
quitarte acción y derecho  
y dársela a Astolfo, duque  
de Moscovia. Para esto  
juntó su corte, y el vulgo,  
penetrando ya y sabiendo  
que tiene rey natural,  
no quiere que un extranjero  
venga a mandarle. Y así,  
haciendo noble desprecio  
de la inclemencia del hado,  
te ha buscado donde preso  
vives, para que, valido de tus armas y saliendo  
de esta torre a restaurar  
tu imperial corona y cetro,  
se la quites a un tirano.  
Sal, pues; que en ese desierto  
ejército numeroso  
de bandidos y plebeyos  
te aclama. La libertad  
te espera; oye sus acentos.

VOCES:        ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: ¿Otra vez (¿qué es esto, cielos?)  
queréis que sueñe grandezas  
que ha de deshacer el tiempo?



¿Otra vez queréis que vea  
entre sombras y bosquejos  
la majestad y la pompa  
desvanecida del viento?  
¿Otra vez queréis que toque  
el desengaño, o el riesgo  
a que el humano poder  
nace humilde y vive atento?  
Pues no ha de ser, no ha de ser.  
Miradme otra vez sujeto  
a mi fortuna. Y pues sé  
que toda esta vida es sueño,  
idos, sombras, que fingís  
hoy a mis sentidos muertos  
cuerpo y voz, siendo verdad  
que ni tenéis voz ni cuerpo;  
que no quiero majestades  
fingidas, pompas no quiero.  
Fantásticas ilusiones  
que al soplo menos ligero  
del aura han de deshacerse  
bien como el florido almendro,  
que por madrugar sus flores,  
sin aviso y sin consejo,  
al primer soplo se apagan,  
marchitando y desluciendo  
de sus rosados capillos  
belleza, luz y ornamento,  
ya os conozco, ya os conozco,  
y sé que os pasa lo mismo  
con cualquiera que se duerme.  
Para mí no hay fingimientos;  
que, desengañado ya,



sé bien que la vida es sueño.

[SOLDADO] 2: Si piensas que te engañamos,  
vuelve a ese monte soberbio  
los ojos, para que veas  
la gente que aguarda en ellos  
para obedecerte.

SEGISMUNDO: Ya otra vez vi aquesto mismo  
tan clara y distintamente  
como ágora lo estoy viendo,  
y fue sueño.

[SOLDADO] 1: Cosas grandes  
siempre, gran señor, trajeron  
anuncios; y esto sería,  
si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO: Dices bien, anuncio fue;  
y caso que fuese cierto,  
pues que la vida es tan corta,  
soñemos, alma, soñemos  
otra vez; pero ha de ser  
con atención y consejo  
de que hemos de despertar  
de este gusto al mejor tiempo; que llevándolo  
sabido,  
será el desengaño menos;  
que es hacer burla del daño  
adelantarle el consejo.  
Y con esta prevención  
de que, cuando fuese cierto,  
es todo el poder prestado



y ha de volverse a su dueño,  
atrevémonos a todo.  
Vasallos, yo os agradezco  
la lealtad; en mí lleváis  
quien os libre, osado y diestro,  
de extranjera esclavitud.  
Tocad al arma, que presto  
veréis mi inmenso valor.  
Contra mi padre pretendo  
tomar armas y sacar  
verdaderos a los cielos;  
presto he de verle a mis plantas.  
(Aparte.)  
Mas si antes de esto despierto  
¿no será bien no decirlo  
supuesto que no he de hacerlo?

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

(Sale CLOTALDO.)

CLOTALDO: ¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO: Clotaldo.

CLOTALDO: Señor...  
(Aparte.)  
En mí su crueldad prueba.

CLARÍN: (Aparte.)  
Yo apuesto  
que le despeña del monte.  
(Vase.)



CLOTALDO: A tus reales plantas llego,  
ya sé que a morir.

SEGISMUNDO: Levanta,  
levanta, padre, del suelo,  
que tú has de ser norte y guía  
de quien fíe mis aciertos;  
que ya sé que mi crianza  
a tu mucha lealtad debo.  
Dame los brazos.

CLOTALDO: ¿Qué dices?

SEGISMUNDO: Que estoy soñando, y que quiero  
obrar bien, pues no se pierde  
obrar bien, aun entre sueños.

CLOTALDO: Pues, señor, si el obrar bien  
es ya tu blasón, es cierto  
que no te ofenda el que yo  
hoy solicite lo mismo.  
A tu padre has de hacer guerra.  
Yo aconsejarte no puedo  
contra mi Rey, ni valerte.  
A tus plantas estoy puesto;  
dame la muerte.

SEGISMUNDO: ¡Villano, traidor, ingrato!  
(Aparte.)  
Mas ¡cielos!  
reportarme me conviene,  
que aún no sé si estoy despierto.



Clotaldo, vuestro valor  
os envidia y agradezco.  
Idos a servir al Rey,  
que en el campo nos veremos.  
Vosotros, tocad el arma.

CLOTALDO: Mil veces tus plantas beso.  
(Vase.)

SEGISMUNDO: A reinar, fortuna, vamos;  
no me despiertes, si duermo,  
y si es verdad, no me duermas.  
Mas, sea verdad o sueño,  
obrar bien es lo que importa.  
Si fuere verdad, por serlo;  
si no, por ganar amigos  
para cuando despertemos.  
(Vanse, y tocan el arma.)

(Salen el REY BASILIO y ASTOLFO.)

BASILIO: ¿Quién, Astolfo, podrá parar  
Prudente la furia de un caballo desbocado?  
¿Quién detener de un río la corriente  
que corre al mar, soberbio y  
despeñado?  
¿Quién un peñasco suspender,  
valiente, de la cima de un monte, desgajado?  
Pues todo fácil de parar ha sido,  
y un vulgo no, soberbio y atrevido.  
Dígalo en bandos el rumor  
partido,  
pues se oye resonar en lo profundo



de los montes el eco repetido,  
unos «Astolfo» y otros  
«Segismundo».  
El dosel de la jura, reducido  
a segunda intención, a horror  
segundo, teatro funesto es, donde importuna  
representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO: Suspéndase, señor, el alegría,  
cese el aplauso y gusto lisonjero  
que tu mano feliz me prometía;  
que si Polonia (a quien mandar  
espero) hoy se resiste a la obediencia mía,  
es porque la merezca yo primero.  
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno  
rayo descienda el que blasona trueno.  
(Vase.)

BASILIO: Poco reparo tiene lo infalible,  
y mucho riesgo lo previsto tiene;  
si ha de ser, la defensa es imposible,  
que quien la excusa más, más la  
previene.  
¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror  
terrible!  
Quien piensa que huye el riesgo, al  
riesgo viene,  
con lo que yo guardaba me he  
perdido;  
yo mismo, yo mi patria he destruido.

(Sale CLOTALDO.)



CLOTALDO: Si tu presencia, gran señor, no trata  
de enfrenar el tumulto sucedido,  
que de uno en otro bando se dilata, por las calles  
y plazas dividido,  
verás tu reino en ondas de escarlata  
nadar, entre la púrpura teñido  
de su sangre; que ya con triste modo,  
todo es desdichas y tragedias todo.

Tanta es la ruina de tu imperio,  
Tanta la fuerza del rigor duro y sangriento,  
que visto admira y escuchado  
espanta.

El sol se turba y se embaraza el  
viento; cada piedra una pirámide levanta  
y cada flor construye un  
monumento;  
cada edificio es un sepulcro altivo,  
cada soldado un esqueleto vivo.

(Sale CLOTALDO.)

CLOTALDO: ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies llego!

BASILIO: Clotaldo, pues ¿qué hay de  
Segismundo?

CLOTALDO: Que el vulgo, monstruo despeñado y  
ciego,  
la torre penetró, y de lo profundo  
de ella sacó su príncipe, que luego  
que vio segunda vez su honor  
segundo,  
valiente se mostró, diciendo fiero  
que ha de sacar al cielo verdadero.



BASILIO:        Dadme un caballo, porque yo en  
                      Persona vencer valiente a un hijo ingrato  
                      quiero; y en la defensa ya de mi corona,  
                      lo que la ciencia erró venza el acero.  
                      (Vase.)

CLOTALDO:    Pues yo al lado del sol seré Belona.  
                      Poner mi nombre junto al tuyo  
                      espero;  
                      que he de volar sobre tendidas alas  
                      a competir con la deidad de Palas.  
                      (Vase, y tocan al arma.)

(Sale ROSAURA y detiene a CLOTALDO.)

ROSAURA:    Aunque el valor que se encierra  
                      en tu pecho desde allí  
                      dé voces, óyeme a mí;  
                      que yo sé que todo es guerra.  
                      Ya sabes que yo llegué  
                      pobre, humilde y desdichada  
                      a Polonia, y amparada  
                      de tu valor, en ti hallé  
                      piedad. Mandásteme ¡ay cielos!  
                      que disfrazada viviese  
                      en palacio, y pretendiese,  
                      disimulando mis celos,  
                      guardarme de Astolfo. En fin  
                      él me vio, y tanto atropella  
                      mi honor que, viéndome, a Estrella  
                      de noche habla en un jardín.  
                      De éste la llave he tomado,



y te podrá dar lugar  
de que en él puedas entrar  
a dar fin a mi cuidado.  
Aquí altivo, osado y fuerte,  
volver por honor podrás,  
pues que ya resuelto estás  
a vengarme con su muerte.

CLOTALDO: Verdad es que me incliné,  
desde el punto que te vi,  
a hacer, Rosaura, por ti  
(testigo tu llanto fue)  
cuanto mi vida pudiese.  
Lo primero que intenté  
quitarte aquel traje fue,  
porque, si Astolfo te viese,  
te viese en tu propio traje,  
sin juzgar a liviandad  
la loca temeridad  
que hace del honor ultraje.  
En este tiempo trazaba  
cómo cobrar se pudiese  
tu honor perdido, aunque fuese  
(tanto tu honor me arrestaba)  
dando muerte a Astolfo. ¡Mira  
qué caduco desvarío!  
Si bien, no siendo rey mío,  
ni me asombra ni me admira.  
Darle pensé muerte, cuando  
Segismundo pretendió  
dármela a mí, y él llegó,  
su peligro atropellando,  
a hacer en defensa mía



muestras de su voluntad  
que fueron temeridad,  
pasando de valentía.

Pues, ¿cómo yo ágora (advierde),  
teniendo alma agradecida, a quien me ha dado la  
vida

le tengo que dar la muerte?

Y así, entre los dos partido  
el efecto y el cuidado,  
viendo que a ti te la he dado,  
y que de él la he recibido,  
no sé a qué parte acudir,  
no sé qué parte ayudar;  
si a ti me obligué con dar,  
de él lo estoy con recibir.

Y así, en la acción que se ofrece,  
nada a mi amor satisface,  
porque soy persona que hace  
y persona que padece.

ROSAURA: No tengo que prevenir  
que en un varón singular,  
cuanto es noble acción el dar  
es bajeza el recibir.

Y este principio asentado,  
no has de estarle agradecido,  
supuesto que si él ha sido  
el que la vida te ha dado,  
y tú a mí, evidente cosa  
es que él forzó tu nobleza  
a que hiciese una bajeza,  
y yo una acción generosa.

Luego estás de él ofendido,



luego estás de mí obligado,  
supuesto que a mí me has dado  
lo que de él has recibido;  
y así debes acudir  
a mi honor en riesgo tanto,  
pues yo le prefiero cuanto  
va de dar a recibir.

CLOTALDO: Aunque la nobleza vive de la parte del que da,  
el agradecerla está  
de parte del que recibe;  
y pues ya dar he sabido,  
ya tengo con nombre honroso  
el nombre de generoso.  
Déjame el de agradecido,  
pues le puedo conseguir  
siendo agradecido cuanto  
liberal, pues honra tanto  
el dar como el recibir.

ROSAURA: De ti recibí la vida,  
y tú mismo me dijiste,  
cuando la vida me diste,  
que la que estaba ofendida  
no era vida. Luego yo  
nada de ti he recibido;  
pues muerte, no vida, ha sido  
la que tu mano me dio.  
Y si debes ser primero  
liberal que agradecido  
(como de ti mismo he oído),  
que me des la vida espero,  
que no me la has dado, y pues



el dar engrandece más,  
sé antes liberal; serás  
agradecido después.

CLOTALDO: Vencido de tu argumento,  
antes liberal seré.  
Yo, Rosaura, te daré  
mi hacienda, y en un convento  
vive; que está bien pensado  
el medio que solicito;  
pues huyendo de un delito  
te recoges a un sagrado; que cuando, tan  
dividido,  
el reino desdichas siente,  
no he de ser quien las aumente,  
habiendo noble nacido.  
Con el remedio elegido  
soy con el reino leal,  
soy contigo liberal,  
con Astolfo agradecido;  
y así escogerle te cuadre,  
quedándose entre los dos,  
que no hiciera ¡vive Dios!  
más, cuando fuera tu padre.

ROSAURA: Cuando tú mi padre fueras,  
sufriera esa injuria yo;  
pero no siéndolo, no.

CLOTALDO: Pues ¿qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA: Matar al Duque.



CLOTALDO: Una dama  
que padre no ha conocido  
¿tanto valor ha tenido?

ROSAURA: Sí.

CLOTALDO: ¿Quién te alienta?

ROSAURA: Mi fama.

CLOTALDO: Mira que a Astolfo has de ver...

ROSAURA: Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO: ... tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA: ¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTALDO: Es locura.

ROSAURA: Ya lo veo.

CLOTALDO: Pues véncela.

ROSAURA: No podré.

CLOTALDO: Pues perderás...

ROSAURA: Ya lo sé.

CLOTALDO: ... vida y honor.

ROSAURA: Bien lo creo.



CLOTALDO: ¿Qué intentas?

ROSAURA: Mi muerte.

CLOTALDO: Mira que eso es despecho.

ROSAURA: Es honor.

CLOTALDO: Es desatino.

ROSAURA: Es valor.

CLOTALDO: Es frenesí.

ROSAURA: Es rabia, es ira.

CLOTALDO: En fin, ¿que no se da medio  
a tu ciega pasión?

ROSAURA: No.

CLOTALDO: ¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA: Yo.

CLOTALDO: ¿No hay remedio?

ROSAURA: No hay remedio.

CLOTALDO: Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA: Perderme de otra manera.  
(Vase.)



CLOTALDO: Pues has de perderte, espera,  
hija, y perdámonos todos.  
(Vase.)

(Tocan y salen, marchando, SOLDADOS,  
CLARÍN y SEGISMUNDO, vestido de pieles.)

SEGISMUNDO: Si este día me viera  
Roma en los triunfos de su edad  
primera,  
¡oh, cuánto se alegrara,  
viendo lograr una ocasión tan rara  
de tener una fiera  
a cuyo altivo aliento  
fuera poca conquista el firmamento!  
Pero el vuelo abatamos,  
espíritu. No así desvanecemos  
este aplauso incierto,  
si ha de pesarme cuando esté  
despierto  
de haberlo conseguido  
para haberlo perdido;  
pues mientras menos fuere  
menos se sentirá si se perdiere.  
(Dentro, un clarín.)

CLARÍN: En un veloz caballo  
(perdóname, que fuerza es el pintallo  
en viniéndome a cuento),  
en quien un mapa se dibuja atento,  
pues el cuerpo es la tierra,  
el fuego el alma que en el pecho  
encierra,



la espuma el mar, el aire su suspiro,  
en cuya confusión un caos admiro,  
pues en el alma, espuma, cuerpo,  
aliento,  
monstruo es de fuego, tierra, mar y  
viento,  
de color remendado,  
rucio, y a su propósito rodado  
del que bate la espuela  
y en vez de correr vuela,  
a tu presencia llega  
airosa una mujer.

SEGISMUNDO: Su luz me ciega.

CLARÍN: ¡Vive Dios que es Rosaura!  
(Vase.)

SEGISMUNDO: El cielo a mi presencia la restaura.

(Sale ROSAURA, con vaquero, espada y daga.)

ROSAURA: Generoso Segismundo,  
cuya majestad heroica  
sale al día de sus hechos  
de la noche de sus sombras;  
y como el mayor planeta  
que en los brazos de la aurora  
se restituye luciente  
a las flores y a las rosas,  
y sobre mares y montes,  
cuando coronado asoma,  
luz esparce, rayos brilla,



cumbres baña, espumas borda;  
así amanezcas al mundo,  
luciente sol de Polonia,  
que a una mujer infelice,  
que hoy a tus plantas se arroja,  
ampares por ser mujer  
y desdichada, dos cosas  
que, para obligar a un hombre  
que de valiente blasona,  
cualquiera de las dos basta,  
de las dos cualquiera sobra.  
Tres veces son las que ya  
me admiras, tres las que ignoras  
quién soy, pues las tres me has visto  
en diverso traje y forma.  
La primera me creíste  
varón, en la rigurosa  
prisión, donde fue tu vida  
de mis desdichas lisonja. La segunda me admiraste  
mujer, cuando fue la pompa  
de tu majestad un sueño,  
una fantasma, una sombra.  
La tercera es hoy, que siendo  
monstruo de una especie y otra,  
entre galas de mujer  
armas de varón me adornan.  
Y porque compadecido  
mejor mi amparo dispongas,  
es bien que de mis sucesos  
trágicas fortunas oigas.  
De noble madre nací  
en la corte de Moscovia,  
que, según fue desdichada,



debió de ser muy hermosa.  
En ésta puso los ojos  
un traidor, que no le nombra  
mi voz por no conocerle,  
de cuyo valor me informa  
el mío; pues siendo objeto  
de su idea, siento ágora  
no haber nacido gentil,  
para persuadirme loca,  
a que fue algún dios de aquellos  
que en metamorfosis lloran,  
lluvia de oro, cisne y toro,  
Dánae, Leda y Europa.  
Cuando pensé que alargaba,  
citando alevos historias,  
el discurso, hallo que en él  
te he dicho en razones pocas  
que mi madre, persuadida  
a finezas amorosas, fue como ninguna bella,  
y fue infeliz como todas.  
Aquella necia disculpa  
de fe y palabra de esposa  
la alcanza tanto que aun hoy  
el pensamiento la cobra,  
habiendo sido un tirano  
tan Eneas de su honra  
que la dejó hasta la espada.  
Enváinense aquí su hoja,  
que yo la desnudaré  
antes que acabe la historia.  
De este, pues, mal dado nudo  
que ni ata ni aprisiona,  
o matrimonio o delito,



si bien todo es una cosa,  
nací yo tan parecida,  
que fui un retrato, una copia,  
ya que en la hermosura no,  
en la dicha y en las obras;  
y así no habré menester  
decir que, poco dichosa  
heredera de fortunas,  
corrí con ella una propia.  
Lo más que podré decirte  
de mí es el dueño que roba  
los trofeos de mi honor,  
los despojos de mi honra.  
Astolfo... ¡Ay de mí!, al nombrarle  
se encoleriza y se enoja  
el corazón, propio efecto  
de que enemigo se nombra.  
Astolfo fue el dueño ingrato  
que olvidado de las glorias  
(porque en un pasado amorse olvida hasta la  
memoria),  
vino a Polonia, llamado  
de su conquista famosa,  
a casarse con Estrella,  
que fue de mi ocaso antorcha.  
¿Quién creará que, habiendo sido  
una Estrella quien conforma  
dos amantes, sea una Estrella  
la que los divida ágora?  
Yo ofendida, yo burlada,  
quedé triste, quedé loca,  
quedé muerta, quedé yo,  
que es decir que quedó toda



la confusión del infierno  
cifrada en mi Babilonia;  
y declarándome muda  
(porque hay penas y congojas  
que las dicen los afectos  
mucho mejor que la boca)  
dije mis penas callando,  
hasta que una vez a solas  
Violante mi madre ¡ay cielos!  
rompió la prisión, y en tropa  
del pecho salieron juntas,  
tropezando unas con otras.  
No me embaracé en decirlas;  
que en sabiendo una persona  
que a quien sus flaquezas cuenta  
ha sido cómplice en otras,  
parece que ya le hace  
la salva y le desahoga;  
que a veces el mal ejemplo  
sirve de algo. En fin, piadosa  
oyó mis quejas, y quiso  
consolarme con las propias. Juez que ha sido  
delincuente,  
¡qué fácilmente perdona!  
Y escarmentando en sí misma  
(que por dejar a la ociosa  
libertad, al tiempo fácil  
el remedio de su honra,  
no le tuvo en mis desdichas),  
por mejor consejo toma  
que le siga y que le obligue,  
con finezas prodigiosas,  
a la deuda de mi honor;



y para que a menos costa  
fuese, quiso mi fortuna  
que en traje de hombre me ponga.  
Descolgó una antigua espada  
que es ésta que ciño. Ágora  
es tiempo que se desnude,  
como prometí, la hoja,  
pues confiada en sus señas  
me dijo: «Parte a Polonia,  
y procura que te vean  
ese acero que te adorna  
los más nobles; que en alguno  
podrá ser que hallen piadosa  
acogida tus fortunas  
y consuelo tus congojas.»  
Llegué a Polonia en efecto.  
Pasemos, pues que no importa  
el decirlo, y ya se sabe  
que un bruto que se desboca  
me llevó a tu cueva, adonde  
tú de mirarme te asombras.  
Pasemos que allí Clotaldo  
de mi parte se apasiona,  
que pide mi vida al Rey, que el Rey mi vida le  
otorga,  
que informado de quién soy,  
me persuade a que me ponga  
mi propio traje, y que sirva  
a Estrella, donde ingeniosa  
estorbé el amor de Astolfo  
y el ser Estrella su esposa.  
Pasemos que aquí me viste  
otra vez confuso, y otra



con el traje de mujer  
confundiste entrambas formas;  
y vamos a que Clotaldo,  
persuadido a que le importa  
que se casen y que reinen  
Astolfo y Estrella hermosa,  
contra mi honor me aconseja  
que la pretensión disponga.  
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente  
Segismundo!, a quien hoy toca  
la venganza, pues el cielo  
quiere que la cárcel rompas  
esa rústica prisión,  
donde ha sido tu persona  
al sentimiento una fiera,  
al sufrimiento una roca,  
las armas contra tu patria  
y contra tu padre tomas,  
vengo a ayudarte, mezclando  
entre las galas costosas  
de Diana, los arneses  
de Palas, vistiendo ágora  
ya la tela y ya el acero,  
que entrambos juntos me adornan.  
Ea, pues, fuerte caudillo,  
a los dos juntos importa impedir y deshacer  
estas concertadas bodas;  
a mí porque no se case  
el que mi esposo se nombra,  
y a ti porque, estando juntos  
sus dos estados, no pongan  
con más poder y más fuerza  
en duda nuestra vitoria.



Mujer, vengo a persuadirte  
el remedio de mi honra,  
y varón, vengo a alentarte  
a que cobres tu corona.  
Mujer, vengo a enternecerte  
cuando a tus plantas me ponga,  
y varón, vengo a servirte  
cuando a tus gentes socorra.  
Mujer, vengo a que me valgas  
en mi agravio y mi congoja,  
y varón, vengo a valerte  
con mi acero y mi persona.  
Y así piensa que si hoy  
como a mujer me enamoras,  
como varón te daré  
la muerte en defensa honrosa  
de mi honor; porque he de ser,  
en su conquista, amorosa,  
mujer para darte quejas,  
varón para ganar honras.

SEGISMUNDO

(Aparte.)

(Cielos, si es verdad que sueño,  
suspendedme la memoria,  
que no es posible que quepan  
en un sueño tantas cosas.  
¡Válgame Dios! ¡Quién supiera  
o saber salir de todas, o no pensar en ninguna!  
¿Quién vio penas tan dudosas?  
Si soñé aquella grandeza  
en que me vi, ¿cómo ágora  
esta mujer me refiere  
unas señas tan notorias?



Luego fue verdad, no sueño;  
y si fue verdad, que es otra  
confusión y no menor,  
¿cómo mi vida le nombra  
sueño? Pues ¿tan parecidas  
a los sueños son las glorias  
que las verdaderas son  
tenidas por mentirosas,  
y las fingidas por ciertas?  
¿Tan poco hay de unas a otras  
que hay cuestión sobre saber  
si lo que se ve y se goza  
es mentira o es verdad?  
¿Tan semejante es la copia  
al original que hay duda  
en saber si es ella propia?  
Pues si es así, y ha de verse  
desvanecida entre sombras  
la grandeza y el poder,  
la majestad y la pompa,  
sepamos aprovechar  
este rato que nos toca,  
pues sólo se goza en ella  
lo que entre sueños se goza.  
Rosaura está en mi poder,  
su hermosura el alma adora.  
Gocemos, pues, la ocasión;  
el amor las leyes rompa  
del valor y confianza con que a mis plantas se  
postra.  
Esto es sueño; y pues lo es,  
soñemos dichas ágora,  
que después serán pesares.



Mas con mis razones propias  
vuelvo a convencerme a mí.  
Si es sueño, si es vanagloria,  
¿quién por vanagloria humana  
pierde una divina gloria?  
¿Qué pasado bien no es sueño?  
¿Quién tuvo dichas heroicas  
que entre sí no diga, cuando  
las revuelve en su memoria:  
«sin duda que fue soñado  
cuanto vi»? Pues si esto toca  
mi desengaño, si sé  
que es el gusto llama hermosa  
que le convierte en cenizas  
cualquiera viento que sopla,  
acudamos a lo eterno;  
que es la fama vividora,  
donde ni duermen las dichas,  
ni las grandezas reposan.  
Rosaura está sin honor;  
más a un príncipe le toca  
el dar honor que quitarle.  
¡Vive Dios! que de su honra  
he de ser conquistador  
antes que de mi corona.  
Huyamos de la ocasión,  
que es muy fuerte). ¡Al arma toca,  
que hoy he de dar la batalla,  
antes que las negras sombras  
sepulten los rayos de oro  
entre verdinegras ondas!

ROSAURA: Señor, ¿pues así te ausentas?



¿Pues ni una palabra sola  
no te debe mi cuidado,  
no merece mi congoja?  
¿Cómo es posible, señor,  
que ni me mires ni oigas?  
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO: Rosaura, al honor le importa  
por ser piadoso contigo,  
ser cruel contigo ágora.  
No te responde mi voz,  
porque mi honor te responda;  
no te hablo, porque quiero  
que te hablen por mí mis obras;  
ni te miro, porque es fuerza,  
en pena tan rigurosa,  
que no mire tu hermosura  
quien ha de mirar tu honra.  
(Vanse.)

ROSAURA: (Aparte.)  
¿Qué enigmas, cielos, son éstas?  
Después de tanto pesar,  
¡aún me queda que dudar  
con equívocas respuestas!

(Sale CLARÍN.)

CLARÍN: Señora, ¿es hora de verte?

ROSAURA: ¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

CLARÍN: En una torre, encerrado  
brujuleando mi muerte,



y si me da, o no me da;  
y a figura que me diera pasante quínola fuera  
mi vida; que estuve ya  
para dar un estallido.

ROSAURA: ¿Por qué?

CLARÍN: Porque sé el secreto  
de quién eres, y en efecto,  
(Dentro, cajas.)  
Clotaldo... Pero ¿qué ruido es éste?

ROSAURA: ¿Qué puede ser?

CLARÍN: Que del palacio sitiado  
sale un escuadrón armado  
a resistir y vencer el del fiero Segismundo.

ROSAURA: Pues ¿cómo cobarde estoy  
y ya a su lado no soy  
un escándalo del mundo,  
cuando ya tanta crueldad  
cierra sin orden ni ley?  
(Vase.)

DENTRO UNOS: ¡Viva nuestro invicto Rey!

DENTRO OTROS: ¡Viva nuestra libertad!

CLARÍN: ¡La libertad y el Rey vivan!  
Vivan muy enhorabuena,  
que a mí nada me da pena,  
como en cuenta me reciban;  
que yo, apartado este día



en tan grande confusión,  
haga el papel de Nerón  
que de nada se dolía.  
Si bien me quiero doler de algo, y ha de ser de  
mí;  
escondido, desde aquí  
toda la fiesta he de ver.

El sitio es oculto y fuerte  
entre estas peñas. Pues ya  
la muerte no me hallará,  
dos higas para la muerte.

(Escóndese. Suena ruido de armas.)

(Salen el REY, CLOTALDO y ASTOLFO,  
huyendo.)

BASILIO: ¿Hay más infelice rey?  
¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO: Ya tu ejército vencido  
baja sin tino ni ley.

ASTOLFO: Los traidores vencedores  
quedan.

BASILIO: En batallas tales  
los que vencen son leales,  
los vencidos los traidores.  
Huyamos, Clotaldo, pues,  
del cruel, del inhumano  
rigor de un hijo tirano.

(Disparan dentro, y cae CLARÍN, herido, de  
donde está.)

CLARÍN: ¡Válgame el cielo!



- ASTOLFO:       ¿Quién es  
                  este infelice soldado  
                  que a nuestros pies ha caído  
                  en sangre todo teñido?
- CLARÍN:        Soy un hombre desdichado,  
                  que por quererme guardar  
                  de la muerte, la busqué. Huyendo de ella, topé  
                  con ella, pues no hay lugar  
                  para la muerte secreto.  
                  De donde claro se arguye  
                  de quien más su efecto huye  
                  es quien se llega a su efecto.  
                  Por eso tornad, tornad  
                  a la lid sangrienta luego;  
                  que entre las armas y el fuego  
                  hay mayor seguridad  
                  que en el monte más guardado;  
                  que no hay seguro camino  
                  a la fuerza del destino  
                  y a la inclemencia del hado.  
                  Y así, aunque a libraros vais  
                  de la muerte con huir,  
                  mirad que vais a morir,  
                  si está de Dios que muráis.  
                  (Cae dentro.)
- BASILIO:        Mirad que vais a morir,  
                  si está de Dios que muráis.  
                  ¡Qué bien, ay cielos, persuade  
                  nuestro error, nuestra ignorancia,  
                  a mayor conocimiento  
                  este cadáver que habla



por la boca de una herida,  
siendo el humor que desata  
sangrienta lengua que enseña  
que son diligencias vanas  
del hombre cuantas dispone  
contra mayor fuerza y causa!  
Pues yo, por librar de muertes  
y sediciones mi patria, vine a entregarla a los  
mismos  
de quien pretendí librarla.

CLOTALDO: Aunque el hado, señor, sabe  
todos los caminos, y halla  
a quien busca entre lo espeso  
de dos penas, no es cristiana  
determinación decir  
que no hay reparo a su saña.  
Sí hay, que el prudente varón  
vitoria del hado alcanza;  
y si no estás reservado  
de la pena y la desgracia,  
haz por donde te reserves.

ASTOLFO: Clotaldo, señor, te habla  
como prudente varón  
que madura edad alcanza,  
yo como joven valiente.  
Entre las espesas ramas  
dese monte está un caballo,  
veloz aborto del aura;  
huye en él, que yo entre tanto  
te guardaré las espaldas.



BASILIO: Si está de Dios que yo muera,  
o si la muerte me aguarda,  
aquí, hoy la quiero buscar,  
esperando cara a cara.  
(Tocan al arma, y sale SEGISMUNDO y toda la  
compañía.)

SEGISMUNDO: En lo intrincado del monte,  
entre sus espesas ramas,  
el Rey se esconde. Seguidle,  
no quede en sus cumbres planta  
que no examine el cuidado,  
tronco a tronco, y rama a rama.

CLOTALDO: ¡Huye, señor!

BASILIO: ¿Para qué?

ASTOLFO: ¿Qué intentas?

BASILIO: Astolfo, aparta.

CLOTALDO: ¿Qué intentas?

BASILIO: Hacer, Clotaldo,  
un remedio que me falta.  
Si a mí buscándome vas,  
ya estoy, príncipe, a tus plantas;  
sea de ellas blanca alfombra  
esta nieve de mis canas.  
Pisa mi cerviz, y huella  
mi corona; postra, arrastra  
mi decoro y mi respeto;



toma de mi honor venganza;  
sírvede de mí cautivo;  
y tras prevenciones tantas,  
cumpla el hado su homenaje,  
cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO: Corte ilustre de Polonia,  
que de admiraciones tantas  
sois testigos, atended,  
que vuestro príncipe os habla.  
Lo que está determinado  
del cielo, y en azul tabla  
Dios con el dedo escribió,  
de quien son cifras y estampas  
tantos papeles azules  
que adornan letras doradas,  
nunca miente, nunca engaña,  
porque quien miente y engaña  
es quien, para usar mal de ellas,  
las penetra y las alcanza.  
Mi padre, que está presente,  
por excusarse a la saña de mi condición, me hizo  
un bruto, una fiera humana;  
de suerte que, cuando yo  
por mi nobleza gallarda,  
por mi sangre generosa,  
por mi condición bizarra,  
hubiera nacido dócil  
y humilde, sólo bastara  
tal género de vivir,  
tal linaje de crianza,  
a hacer fieras mis costumbres.  
¡Qué buen modo de estorbarlas!



Si a cualquier hombre dijese:  
«Alguna fiera inhumana  
te dará muerte», ¿escogiera  
buen remedio en despertarla  
cuando estuviese durmiendo?  
Si dijeran: «Esta espada  
que traes ceñida ha de ser  
quien te dé la muerte», vana  
diligencia de evitarlo  
fuera entonces desnudarla  
y ponérsela a los pechos.  
Si dijese: «Golfos de agua  
han de ser tu sepultura  
en monumentos de plata»,  
mal hiciera en darse al mar,  
cuando soberbio levanta  
rizados montes de nieve,  
de cristal crespas montañas.  
Lo mismo le ha sucedido  
que a quien, porque le amenaza  
una fiera, la despierta;  
que a quien, temiendo una espada  
la desnuda; y que a quien mueve las ondas de  
una borrasca;  
y cuando fuera (escuchadme)  
dormida fiera mi saña,  
templada espada mi furia,  
mi rigor quieta bonanza,  
la fortuna no se vence  
con injusticia y venganza,  
porque antes se incita más.  
Y así, quien vencer aguarda  
a su fortuna, ha de ser



con prudencia y con templanza.  
No antes de venir el daño  
se reserva ni se guarda  
quien le previene; que aunque  
puede humilde (cosa es clara)  
reservarse de él, no es  
sino después que se halla  
en la ocasión, porque a que esta  
no hay camino de estorbarla.  
Sirva de ejemplo este raro  
espectáculo, esta extraña  
admiración, este horror,  
este prodigio; pues nada  
es más que llegar a ver,  
con prevenciones tan varias,  
rendido a mis pies a un padre,  
y atropellado a un monarca.  
Sentencia del cielo fue;  
por más que quiso estorbarla  
él no pudo, ¿y podré yo  
que soy menor en las canas,  
en el valor y en la ciencia  
vencerla? Señor, levanta,  
dame tu mano; que ya  
que el cielo te desengaña de que has errado en el  
modo  
de vencerle, humilde aguarda  
mi cuello a que tú te vengues;  
rendido estoy a tus plantas.

BASILIO: Hijo, que tan noble acción  
otra vez en mis entrañas  
te engendra, príncipe eres.



A ti el laurel y la palma  
se te deben. Tú venciste;  
corónente tus hazañas.

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: Pues que ya vencer aguarda  
mi valor grandes vitorias,  
hoy ha de ser la más alta  
vencerme a mí. Astolfo dé  
la mano luego a Rosaura,  
pues sabe que de su honor  
es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO: Aunque es verdad que la debo  
obligaciones, repara  
que ella no sabe quién es;  
y es bajeza y es infamia  
casarme yo con mujer...

CLOTALDO: No prosigas, tente, aguarda;  
porque Rosaura es tan noble  
como tú, Astolfo, y mi espada  
lo defenderá en el campo;  
que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO: ¿Qué dices?

CLOTALDO: Que yo hasta verla  
casada, noble y honrada,  
no la quise descubrir.  
La historia de esto es muy larga;  
pero, en fin, es hija mía.



ASTOLFO: Pues siendo así, mi palabra cumpliré.

SEGISMUNDO: Pues, porque Estrella  
no quede desconsolada,  
viendo que príncipe pierde  
de tanto valor y fama,  
de mi propia mano yo  
con esposo he de casarla  
que en méritos y fortuna  
si no le excede, le iguala.  
Dame la mano.

CLOTALDO: Yo gano  
en merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO: A Clotaldo, que leal  
sirvió a mi padre, le aguardan  
mis brazos, con las mercedes  
que él pidiere que le haga.

[SOLDADO] 1: Si así a quien no te ha servido  
honras, ¿a mí, que fui causa  
del alboroto del reino,  
y de la torre en que estabas  
te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO: La torre; y porque no salgas  
de ella nunca hasta morir,  
has de estar allí con guardas;  
que el traidor no es menester  
siendo la traición pasada.

BASILIO: Tu ingenio a todos admira.



ASTOLFO: ¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA: ¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO: ¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,  
si fue mi maestro un sueño,  
y estoy temiendo en mis ansias  
que he de despertar y hallarme  
otra vez en mi cerrada  
prisión? Y cuando no sea,  
el soñarlo sólo basta;  
pues así llegué a saber  
que toda la dicha humana,  
en fin, pasa como sueño.  
Y quiero hoy aprovecharla  
el tiempo que me durare,  
pidiendo de vuestras faltas  
perdón, pues de pechos nobles  
es tan propio el perdonarlas.

FIN

